





Crónicas

Elkin Obregón



Obregón, Elkin

Crónicas / Elkin Obregón. -- Medellín : Fondo Editorial Universidad EAFIT, 2013.

150 p. ; 24 cm. (Colección Bicentenario de Antioquia).

ISBN 978-958-720-145-1

1. Crónicas colombianas. 2. Obregón, Elkin -- Correspondencia, memorias, etc. I. Tít.

II. Serie

070.44 cd 21 ed.

O131

Universidad EAFIT-Centro Cultural Biblioteca Luis Echavarría Villegas

Crónicas

Primera edición en la colección Bicentenario de Antioquia: febrero de 2013

© Elkin Obregón

© Colección Bicentenario de Antioquia

© Fondo editorial Universidad EAFIT

Carrera 48A No. 10 sur - 107

Tel.: 261 95 23. Medellín

ISBN: 978-958-720-145-1

Diseño de carátula: Miguel Suárez

Editado en Medellín, Colombia

✻
Contenido

En tono de crónica	
<i>Ana María Cano Posada</i>	9
Presentación del autor	11
Crónicas	
Línea dura.....	15
Diálogos de <i>Su Desayuno</i>	
El café <i>Versalles</i>	19
No hay mejor gordo	21
Fanfarria en el parque.....	23
Parque II	25
Paisas en la mesa	27
La voz del pueblo	29
Estratos musicales	32
La calle sin nombre	34
La fiesta interminable.....	36

<i>Make me a mask</i>	38
Introducción (tardía) a las mujeres	40
Loa a los segundos pisos	42
Todos estábamos a la espera	44
Espantos y humaredas	46
Cartas anónimas y de las otras.....	48
Del sténcil al arpón	50
El dial que no cesa.....	52
Lo bueno, si breve (Refrán paisa)	54
Lecturas inocentes.....	56
La educación sentimental.....	58
Los usos de la madera	60
La educación sentimental (dos).....	62
La constipada de los siete velos	64
Becaud de noche, Balzac de día.....	66
Toreros de antier, o menos.....	68
Oficios en prosa y verso	70
Entre duendes y sátiros	72
<i>Boite interruptus</i>	74
Belmonte en La Madrileña (y Arturito).....	76

Columnas breves

El viento sopla dondequiera	79
El viajero de La Ayurá.....	81
La herejía de leer	83
Un español de varios mundos.....	85

Mirmidones.....	87
El caballero de Emaús.....	89
Libros de viaje.....	91
Voces tutelares.....	93
Un género con mala suerte.....	95
El canto del cisne.....	97
Anhelos Infinito.....	99
Dialécticas caseras.....	101
A donde va Vicente.....	103
Clavel del agua.....	105
Feliz quien penetre tu misterio.....	107
La reina de las artes.....	109
Los días azules.....	111
Sólo para ajedrecistas.....	113
Traidores, trujimanes.....	115
Callar o no callar.....	117
Amor es... ..	119
Variantes enmascaradas.....	121
What's in a name.....	123
Las voces del silencio.....	125
Luces de bohemia.....	127
Bodas con el silencio.....	129
La historia interminable.....	131
Solapas.....	133
Listas secretas.....	135
Laudos.....	137

Tres cuentecitos de andar por casa

La isla al medio día	139
Courbet	139
El hombre	140
El inmortal	141
Miniancheta	143
Dumbo.....	144
La canción del regreso.....	146



En tono de crónica

Elkin Obregón es conocido como caricaturista. Suya es una inolvidable tira cómica llamada *Los Invasores*. También ha cultivado una personal pasión por retratar en acuarela o en lápiz a los personajes que quiere, o también está entre sus gustos la tauromaquia, que ahora se ve cada vez más lejana. Su residencia de algunos años en Brasil y su dedicación apasionada a la literatura y la música brasileras lo sumergieron en el mundo de la traducción, en el cual es reconocido su trabajo sobre la obra de Nérida Piñón. Aunque el cuento que más lo cautiva es “La muerte y la muerte de Quincas Berro Dágua” de Jorge Amado, y sobre algunos poetas precisos en portugués tiene devoción. Esta emoción es comparable solo con lo que le produce la música colombiana tradicional y en especial Obdulio y Julián, de cuya evolución como dúo fue testigo.

Ninguno de estos oficios: caricaturista, retratista, traductor, lector empedernido, melómano, lo describe tanto como su capacidad para encender en torno suyo el fuego insigne de la tertulia. Su manera de oír, sus conocimientos sobre las materias más diversas, su total ausencia de pretensión cuando mete baza, reúne en torno suyo círculos dispares en edades, proveniencias, ideas y gustos, a los que Obregón recompensa bien con su conversación. El calor del aguardiente y el cigarrillo no están ausentes jamás de estas gratas “tenidas”, como él gusta llamarlas.

Otro rasgo muy suyo es la afición por los comics desde que era un niño y, casi desde ese momento también, su inclinación por la novela negra, por el género de suspenso y por sus clásicos. Por esto ideó un juego en torno a las *misteriosas desapariciones de un tal señor García*, en compañía de su amiga Nora Arango,

para la revista *La Hoja*. No puede pasarse de largo el hecho de ser Obregón un arquitecto renegado, en quien el arte venció las exigencias de calculista y de diseñador de estructuras.

Por estas razones y por otras, tales como sus viajes de antes, o como su apacible vida de ermitaño ahora, en la que no obstante acepta gustoso en el zarzo donde vive las visitas de sus amigos, que van en peregrinación, por todos estos contrastes es que al cabo del tiempo el género que más se ajusta a la liviandad, y también al tono de tertulia que siempre ha tenido Obregón, es el de crónica, precisamente.

Esa es la razón por la cual el Fondo Editorial de la Universidad EAFIT como parte de la Colección Bicentenario, que reúne a las editoriales universitarias de Antioquia con el propósito de celebrar los 200 años de la Independencia de esta región a través de 100 títulos de interés, presenta estas *Crónicas* de Elkin Obregón. Su lectura busca cultivar en las presentes y en futuras generaciones la aparición de cronistas, de aquellos escritores que en apariencia tienen un tono menor pero que toman en sus temas y su estilo el relato vívido de una época, de unas mentalidades, y a veces, como en este libro, también el humor que entraña la escritura suelta y descomplicada, la que ha tenido en Obregón uno de sus mejores oficiantes.

Ana María Cano Posada



Presentación del autor

Casi todas las crónicas que componen este librito se publicaron en la revista *La Hoja de Medellín*. Para evitar el ridículo, no aparecen aquí años, ni fechas, ni orden cronológico. Hay también una página tomada del libro *Memorias enanas*. Se completa el contenido con unas pocas croniqutas, más recientes, publicadas en el periódico *Universo Centro*. Finalmente, casi a manera de epílogo, se cuela un texto nuevo. Y eso es todo. No hay más mérito en todo esto que la generosidad de la editora. Como dicen en Brasil, “Que Dios le aumente”.

E. O. S.



Crónicas

Elkin Obregón







Línea dura

Al cumplirse el primer centenario de su nacimiento, de Ricardo Rendón se sabe todo sobre sus caricaturas y nada sobre su alma.

Todo suicidio crea un hálito de leyenda y contribuye al mito. Es el caso de Rendón; su vida, su figura, su misterio y el contraste que todo ello hacía con su humor despiadado y elocuente, acrecientan esa forma un poco enfermiza de inmortalidad. Pero la obra de Rendón vale por sí misma. Ella sola, aunada a la feroz independencia vital que le dio aliento, se basta y sobra para trascender la anécdota y el tópico.

Ricardo Rendón Bravo nació en Rionegro en 1894. Hijo de una familia acomodada (su padre era calígrafo), desde niño mostró su afición al dibujo y la pintura. Ya en Medellín, a comienzos de la segunda década del siglo XX cursó por algún tiempo estudios académicos en el taller del maestro Francisco A. Cano, y en la Escuela de Bellas Artes. No fue pues un artista empírico y silvestre, como algunos suponen, sino por el contrario alguien provisto de un buen conocimiento de su oficio. Oficio sin embargo (el pictórico) que casi nunca ejerció. Aparte de unos cuantos pasteles y acuarelas, y algunos retratos al lápiz o al carboncillo, nada se conoce de él en ese campo, que quizá muy pronto decidió asumir como un simple y necesario aprendizaje.

Por esos años comenzó a colaborar en algunas publicaciones artísticas y literarias de la capital antioqueña, de las cuales la más memorable es la revista *Panida*; Rendón hizo parte del famoso grupo de los Panidas, y colaboró en su revista, no solo como único ilustrador, sino también como autor de eventuales prosas y poemas, que firmaba con el seudónimo de Daniel Zegri. Conformaban

ese grupo, como es sabido, nombres tan destacados luego –entre otros– como *Pepe Mexía* (Félix Mejía Arango), *Tartarín Moreira* (Libardo Parra Toro), León de Greiff y Fernando González. De Greiff, al lado de otro ilustre antioqueño, Luis Tejada, haría parte después de un grupo de más vasta resonancia nacional, Los Nuevos, del cual Rendón es en cierto modo la constancia gráfica.

Aún en Medellín, Rendón colabora en *El Espectador* y otros órganos periodísticos, y ejerce también como ilustrador y diseñador publicitario para diferentes empresas e industrias de la ciudad. Es dueño ya de un nombre y prestigio sólidos cuando decide radicarse en Bogotá, en 1918. Continúa publicando en *El Espectador*, y su creciente fama lo lleva a recibir y aceptar ofertas de *La República* (cuyo director, Alfonso Villegas Restrepo, fue siempre gran amigo y casi mecenas del artista) y de *El Tiempo*, sin contar otros muchos trabajos para diversos medios capitalinos y de provincia. Son sus años de más febril producción, robada milagrosamente a una intensa bohemia de la cual, por cierto, emana parte de su leyenda.

Por su lápiz desfilaron los gobiernos de Pedro Nel Ospina y Abadía Méndez, las pugnas de Vásquez Cobo y Guillermo Valencia, las actuaciones de ministros como Ignacio Rengifo y Arturo Hernández, las palabras y gestos de funcionarios, miembros de la iglesia, hombres públicos del régimen hegemónico conservador que culminó en el treinta y, en general, del abigarrado país político que le tocó en suerte. Crítico implacable de un gobierno cada vez más desprestigiado, llegó a adquirir una popularidad e influencia no vivida antes ni después por ningún caricaturista colombiano.

Respetado, admirado y temido en los círculos políticos, amigo y contertulio de una generación que anhelaba el poder, puso su pica en Flandes con singular eficacia para contribuir a ese propósito. Muy poco después del comienzo de la República Liberal (blanco también de sus críticas), en la mañana del 28 de octubre de 1931, sentado frente a una mesa de trastienda de la cigarrería La Gran Vía, se pegó un tiro en la sien. Tenía 37 años de edad, y nadie ha podido dar cabal explicación de su muerte.

La importancia de Rendón como comentarista político de su época es innegable. Si fue casi un ídolo popular en su tiempo, tan dado a la eferescencia partidaria y al panfleto, el paso de los años ha consolidado su lugar en la historia del arte y del periodismo colombianos. Fue un detector constante y agudo de lacras y ambiciones, un desnudador implacable de la

feroz zarzuela política de aquel momento de nuestra historia. Pero la lucidez de sus apuntes, el vigor de su síntesis gráfica y conceptual, hacen que hoy, a la distancia de seis décadas, podamos mirar y estudiar su obra como una contribución fundamental (por todo cuanto el humor riguroso aporta a la visión del mundo) a la comprensión de un largo período del acontecer político en Colombia.

En cuanto al aspecto puramente artístico, un estudio crítico del dibujo rendoniano –hasta hoy inexistente– mostraría su paralelismo con trabajos similares de las primeras décadas de este siglo, en ámbitos y circunstancias diversos. Es interesante observar al respecto algunos dibujos de la revista alemana *Simplicissimus* (decana europea del humor gráfico antes y después de la irrupción nazi), o los de caricaturistas españoles como Opisso o Castela. Un paralelismo, no obstante, que no desmiente sino que enfatiza el aporte personalísimo de Rendón, el tono inconfundible de su obra. Nerviosa, ágil, no había sin duda en su autor un propósito deliberado de permanencia. Se dice que solía trazar el esbozo de sus caricaturas en la mesa de un bar. De ahí que resulten casi insólitas, miradas hoy, su perfecta armonía, la fuerza de la línea, la justeza de la composición. Para no mencionar los innumerables retratos caricaturescos que dejó de sus contemporáneos. Estampas como las de Carrasquilla, Suárez, *Ñito* Restrepo, Fidel Cano o Luis Tejada, entre muchas otras, son todavía una referencia iconográfica poco menos que imprescindible. Siempre desde el punto de vista del dibujo, quizá solo un caricaturista pudo en su época equipararse a Rendón: el también antioqueño Horacio Longas. Pero el trabajo de Longas en el campo de la caricatura política careció de la agudeza rendoniana, de esa vocación constante y febril de delatar día a día el juego de las miserias del poder.

Como hombre, Rendón fue oscuro y secreto. Hasta su imagen física es elusiva. No concuerdan las pocas fotografías que de él se conservan, ni tampoco los múltiples retratos que trazó de sí mismo.

Silencioso, casi mudo, pasó por incontables noches de cafetín en medio del aprecio y el desconocimiento de sus contertulios. Nadie pudo entrar en su intimidad. Era una sombra en la mesa del bar, un convidado de piedra en el gárrulo círculo de los otros. En un artículo publicado en 1976, dice de él Alberto Lleras: “[...] Jamás pretendí aproximarme a su secreto, a su personalidad íntima, a su vida, como lo hubiera hecho y lo hice con todos mis compañeros. Le respeté su reserva infranqueable, y jamás le pregunté a él, o a alguien, a dónde

*

Crónicas

iba este ser que se desvanecía en la oscuridad hacia un sitio desconocido [...] Sé quiénes fueron sus amigos, pero ninguno debió saber de Rendón más de lo que yo supe [...]”.

Así es. Todo se ignora aún de sus amores, de sus penas, de los hechos que lo impulsaron a la muerte. Cuanto algunos quisieron imaginar o explicar al respecto (Edmundo Rico, César Uribe Piedrahíta, José Mar, Jaime Barrera Parra), demuestran con patética elocuencia cuán lejana y hermética fue su vida, y cuán inexplicable, a pesar de las muchas conjeturas y teorías, fue y seguirá siendo su muerte. Quizá esté bien que así sea. A cien años de su nacimiento, también las vidas que lo cercaron se han borrado. Y hace mucho que Rendón es apenas un mojón de nuestra cultura. Una forma de ver, de juzgar, de expresar. En su obra hay una crítica acerba, pero también un lazo entrañable con su medio y su época. Quien no capte en él el amor, difícilmente podrá apreciar el horror. Porque esa dramática síntesis es en últimas el cultivo del humorista.

*

*Diálogos de Su Desayuno**



El café Versailles

DONATO: —No sé cuándo empezó la cafetería *Versalles*. Para citar a alguien, “la juzgo tan eterna como el viento y el aire”.

LUCIANO: —De citas de ese alguien has empedrado Su Desayuno. Date prisa.

D.: —En mis tiempos era (supongo que lo sigue siendo) ese lugar citadino, que merecería un nombre concreto en el vocabulario urbanístico, a donde uno puede acudir sin cita previa, con la seguridad de que encontrará gente amiga, dispuesta al sano ejercicio del raneo, o tal vez a emprender algún programa posterior. Un sitio de llegada y de salida. O de permanencia: había gente (supongo que la hay) que se quedaba allí mañanas o tardes enteras, leyendo periódicos o novelas, escribiendo ídems o resolviendo crucigramas. Su encanto estaba (o está) en ella misma, en el buen servicio y las buenas viandas, en ese perpetuo estado de movimiento, que invita paradójicamente al reposo.

L.: —Hablando de citas previas, tengo una. Tenemos poco tiempo, y sospecho que poco espacio.

D.: —En los años sesenta *Versalles* era refugio de estudiantes, nadaístas, deportistas y gauchos. Menos los domingos, cuando se convertía (o se convierte) en asilo de turistas pueblerinos, de aquellos que bajan a la ciudad a oír la retreta y a disfrutar la ciudad endomingada. Curiosa transformación, clara a los ojos, oscura a la razón.

* *Su Desayuno* es una tienda en el centro de Medellín.

L.: —Mide tus *slogans* en honor al nuevo formato.

D.: —Una lejanísima noche comía yo allí buñuelos con coca-cola, en compañía de mi amigo John González. Cerca a nosotros había (no sola, por desgracia) una hermosísima y misteriosa mujer, de piel muy blanca y ojos y cabellos de un negro intenso. Sus ademanes eran de reina, y también su parca sonrisa. En resumen, una auténtica madona. Una madona del renacimiento, aclaro, para que evites torpes asociaciones con la picaresca rubita gringa.

L.: —Te pierdes su libro “Sex” que pensaba prestarte. Conozco tu afición a las laminitas.

D.: —Paso, y sigo: John y yo, como buenos soñadores, dedicamos el rato a mirarla con arrobo, y a imaginar posibles versiones de su vida, procedencia y milagros. Todo platónico y lejano, como debe ser en estos casos.

L.: —Así suelen terminar tus historias de amor.

D.: —Ésta no terminó ahí, y todavía lo siento. Días después, a la hora del buñuelo versallesco, John me contó el triste final. Al subir en Prado a un bus, se topó de nuevo con la bella desconocida. Que se apeó, por desgracia muy pronto, en pleno barrio de Lovaina. Asombrado, mi amigo la vio entrar en una casa *non sancta*. La esquivada dama era una *demoiselle de la nuit*.

L.: —Ya lo dijo la canción: no te enamores de noche, so pena de engaño lunar. Y me voy, porque me espera mi dulce y casta novia.

D.: —*Good night*.



No hay mejor gordo

DONATO: —Hace algo más de veinte años, *el Gordo* Luis Alberto Alvarez, recién repatriado, empezó a ejercer en Medellín su magisterio cinematográfico, primero desde la emisora de la UPB, después desde las páginas de *El Colombiano*, luego desde cualquier lugar del mundo. Por ese tiempo coincidió en un Festival de Cartagena con el veterano pontífice Alberto Aguirre. En una sesión de cine —lo contaba el mismo Luis Alberto— advirtió que una fila detrás de su corpulencia se sentaba el fundador de nuestro cine club. El Gordo, volviendo la cabeza, lo interrogó amablemente. “Alberto, ¿te estoy tapando?” La respuesta de Aguirre se robó, según dicen, el Festival: “Desde que llegaste a Medellín me estás tapando”.

Como esa, son muchas las anécdotas que rodean la bonhomía (*pardon*) de Luis Alberto. En la que sigue solo fue, a diferencia de la primera, pasivo inspirador. Una noche (alta noche) se acercaron a su casa de Villa con San Juan unos cuantos amigos, vecinos de su residencia, y empezaron a llamarlo a voces junto a su ventana. La víctima, que inmóvil en su lecho como una ballena encallada no quiso darse por aludido, confesó al otro día haber escuchado la frase con que uno de los asaltantes puso final al asedio: “Vámonos. No hay peor gordo que el que no quiere oír”.

LUCIANO: —Sospecho quién lo dijo. Un pálido aporte al refranero.

D.: —En esa casa de Villa vi muchas películas, antes de que los videos reemplazaran la pantalla de 16 milímetros. Pero el Gordo se ingenió un hábil recurso, consistente en un juego de espejos adosados al proyector. Con este curioso artefacto repetía por las noches en su estudio, cómodamente instalado frente a su escritorio, las películas que más le interesaban entre las que le enviaban en préstamo las embajadas e institutos culturales.

L.: —Un Betamax *avant la lettre* (*pardon*).

D.: —En cuanto a su respeto y devoción por los niños (de los que tuve muchas muestras), quizá nacía en parte de su propio espíritu de niño. Y ese espíritu explica tal vez su gusto por los dulces. Amigo en general de la buena mesa, eran los helados, galletas y bombones su más grande amor culinario. Amor culpable, como bien lo sabía. Pero ante esos manjares su voluntad flaqueaba sin remedio. Alguna vez acudió como último recurso a un acupunturista, que le clavó agujas en los oídos para quitarle el apetito. Armado de esos adminículos se sentaba en las mesas de *Versalles* (después de las mañanas de cine que disfrutábamos en una salita de Cine Colombia), a contemplar con ojos melancólicos las viandas de sus contertulios. Pero muy pronto las agujas claudicaron (junto con su dueño) ante un suculento *close up* de banana split.

L.: —Luis Alberto Alvarez en pantuflas. Como biógrafo eres un fiasco.

D.: —Pienso que se ha querido crear del Gordo la imagen de alguien dulce y bondadoso, incapaz de matar una mosca. Acepto lo primero, niego lo segundo. Su mente jacobina poco perdonaba. Muchísimos comentarios suyos podría mencionar al respecto. Recuerdo muy bien uno de ellos, que le oí soltar en un restaurante ante la inesperada vecindad de un figurón que no quiero nombrar. Tampoco repetiré sus palabras, nada pías por cierto, porque mi natural cobardía me lo impide. Y es una pena que así sea, porque aquella frase suya revela a la perfección su desprecio por los poderosos de la tierra, su abierta repulsa a farsas y relumbrones. En el fondo era un anarquista armado de aguijón, cuya bondad no le vedaba los más lúcidos e irónicos apuntes. Dirigidos siempre, que conste, a quienes se los merecían. Cosas de moralista, en el mejor sentido del término. El Gordo tenía el alma blanca y el humor negro.

L.: —Aunque sea verdad, tu frase es tan fácil como todas las tuyas. Más y mejores cosas habrías tenido que decir sobre Luis Alberto para pintarlo de corpachón entero.



Fanfarria en el parque

DONATO: —Ignoro cuánto hace que existe la retreta dominical del parque de Bolívar. Tal vez venga desde los comienzos mismos de este (no tengo a mano la fecha de su inauguración), que fue en todo caso el nuevo escenario para ese evento musical, antes realizado en el parque de Berrío. En sus años iniciales el de Bolívar estaba cercado por una verja de hierro, y en su centro, para acoger la banda, se erguía un kiosco o gazebo, como nos lo enseñan las viejas fotografías de ese entorno. De todos modos, puedo dar fe de la existencia allí de esa retreta a mediados de los años veinte, gracias a una crónica de la época, escrita por Romualdo Gallego, y que nos da de esa celebración un cuadro no muy diferente al de ahora, aunque sin duda de mucho más color, a un tiempo más ciudadano y *pueblerino*: “[...] Todos los hombres estaban trajeados de nuevo y con los zapatos muy lustrosos. Las muchachas de preferencia vestidas de colores claros, se mezclaban en caprichosas y pintorescas bandadas con los graves caballeros paseantes que hablaban de negocios; se metían por entre los corrillos de mozuelos que discutían asuntos de política, de poesía o de carreras de caballos; reían mostrando los dientes pequeñuelos y blancos, a costa de la grotesca postura de los músicos que tenían traje azul galonado, gorra militar e hinchados carrillos congestionados, impertérritos en su tarea de soplar sobre sus misteriosas y brillantes serpientes de cobre”. En otra crónica, el mismo Gallego insinúa otro cuadro, grato y amable, al contarnos que, terminada la retreta, muchos asistentes desfilaban hacia un sitio llamado Salón España, a seguir la fiesta al son de una orquestaailable. Pero doy un salto en el tiempo, y me ubico en el mío

LUCIANO: —De donde nunca debiste haber salido. No te veo en corrillos hablando de política, y mucho menos de poesía.

D.: —Frecuenté la retreta en los años sesenta y setenta. Ya en ese entonces le cabía la definición que dio no hace mucho Ana María Cano, según la cual la retreta es “la misa de los Mamertos”. La frase obedece a que coincidía y coincide con la misa de 12 de la Basílica, en esos tiempos muy concurrida (quizá también hoy), y donde asistían gentes sin duda más pías que las que atiborraban con dominical fidelidad el parque y la acera frontal. En mis primeros tiempos la banda, dirigida por Joseph Matza, se ubicaba en una cómoda plataforma semi elevada, en cuyos bajos, por así decirlo, se guardaban en casilleros los instrumentos musicales. Tras unos cuantos trozos de música culta, el concierto remataba siempre con una pieza colombiana, por lo general un bambuco o un pasillo fiestero. En cuanto a la concurrencia, era casi tan abigarrada como la descrita por Gallego. Parejas de novios, familias, grupos de amigos, viejos, jóvenes, personas de toda índole y condición. La retreta era (supongo que sigue siéndolo) un sitio de encuentro, una especie de preámbulo del día. Y a falta de un Salón España, muchos nos repartíamos luego por cafeterías y bares vecinos, incluyendo, claro está, el eterno *Versalles*. Algunos permanecían en el mismo parque, porque, vamos, para eso son los parques, o deberían serlo. Pero para hablar de este, de sus encantos y actuales desencantos, habrá, según creo, momento más propicio.

L.: —Cuenta con mi resignación. Para eso son los amigos, o deberían serlo.

D.: —Epílogo: hoy la retreta se ha “descentralizado”, y visita los barrios. Pero, tras, un corto periplo, vuelve cíclicamente al centro, es decir al parque. Es que, como dice bien un amigo mío, “el centro era un barrio”. Ya no lo es, pero no se resigna a despedirse de su retreta dominical.

L.: —Me despido yo, porque hoy, día de retreta, quiero asomarme a ver cómo van las cosas. Aunque, como comprenderás, me retiro con un ojo en el reloj. No tengo ganas de empacarme ahora un pasillo fiestero.



Parque II

DONATO: —Vuelvo al parque de Bolívar. Un regreso en el tiempo, mental y no real, pues poco o nada lo frecuento ya, por razones que dejo a tu buen o mal juicio. En mi infancia fue para mí un lugar especialmente atractivo, y siguió siéndolo durante muchos años, aparte de ser en mi caso una vía obligada hacia el centro, hacia cines y comercios, hacia Junín, hacia todas aquellas pequeñas magias, en suma, no por cotidianas menos amables, o quizás simplemente necesarias.

LUCIANO: —Continuidad de los parques.

D.: —En la acera oriental, de la esquina con Perú hacia Caracas —te hablo de los primeros años cincuenta, tal vez antes—, había un vasto local donde funcionaba la heladería Santa Clara, propiedad de los padres de Horacio Jaramillo, *el Loco*, que allí debió aprender el negocio de los comestibles, por él ampliado después a restaurantes, entre ellos esa Bella Época que acaba de entregar sus salones a nuevos dueños y criterios.

L.: —Criterio *Hot Dog Époque*.

D.: —La heladería Santa Clara estaba decorada con un enorme mural, donde un negro, luciendo un uniforme de vendedor de helados, hacía pasar de una mano a otra una suculenta bola de crema. Esa imagen era por cierto el símbolo de esta empresa, Santa Clara, y decoraba sus carritos callejeros de paletas y conos (aún existe, casi extemporáneo, ese tipo de carritos). Digresión: la Santa Clara, hablo de la fábrica y sus ventas ambulantes, era la competencia de La Fuente, todavía en activo, y un poco más tarde de La Foca. Sus fieles clientes, cuando el bolsillo flaqueaba, apelábamos a los más proletarios productos de La Escarcha, cuyas paletas cambiaban la leche por el agua.

L.: —No hay mucha diferencia. Al menos para el consumo lácteo de nosotros los proletarios.

D.: —Permíteme adelantar diez años. Un vistazo al parque en esos tiempos revelaba aún una inmutable placidez. Dicho de otro modo, era todavía un lugar sano. Tanto como esta anécdota, tan ínfima como poco edificante, puede demostrártelo: un amigo mío de esos años (cuyo nombre, como comprenderás, dejo en el tintero, porque su actual posición de digno profesional así lo prefiere), en pleno período de bohemia estudiantil, eligió una banca del parque, quizás por aplazar la obvia cantaleta que le esperaba en casa, para pasar allí los efectos de una noche de farra. Se tendió en la banca, cuan largo era, y vino a abrir los ojos cuando ya caía la tarde. Despertó intacto, con dinero, reloj y pertenencias. Aparte del molesto espectáculo que sin duda debió brindar durante ese día, lo que aquí debe resaltarse es que pudo elegir, sin peligro para su integridad, tan incómodo y público lecho. Gracias a ese detalle hoy puede dormir, gordo y feliz, en cama blanda.

L.: —Y libre de cantaletas, supongo. La de esa noche debió hacerle cambiar de vida.

D.: —Por esos años, ya desaparecida la Santa Clara, se instaló en parte de ese gran local la heladería San Francisco, sitio muy frecuentado por la gente de mi generación, como lugar de raneo, de almuerzo o comida, y también de tragos. Yo solía pasarme por allí en las noches de domingo, para estirar un poco las piernas, antes del sueño, con la casi seguridad de que me toparía allí con algún amigo o conocido con el mismo plan de remate dominical. Una de esas noches encontré allí, solitario en una mesa, al pontífice Gonzalo Arango. Era el auge del Nadaísmo. Gonzalo leía un ejemplar de *El Espectador*, y casi al momento de sentarme a su mesa me preguntó si había leído ya un cuento de Amílkar U, publicado ese día en ese diario. Recuerdo el nombre del cuento: “Gato o soledad en la lluvia”. Gonzalo me habló con fervoroso entusiasmo y limpia admiración de ese texto, y por añadidura del talento de su autor. Ahora que se acerca un aniversario importante de la muerte de Gonzalo, menciono con gusto esa pequeña charla, porque refleja muy bien la generosa actitud de aliento y estímulo que tuvo siempre para con sus compinches de aventura literaria.

L.: —Buen ejemplo. Tan bueno como escaso. No quiero ni contarte lo que dicen por ahí de estas crónicas.



Paisas en la mesa

DONATO: —La jugosa relación de restaurantes que hace *La Hoja* en su nuevo Mapa del Placer me abrió el apetito. A falta de dinero, acudo a los recuerdos.

LUCIANO: —Que no serán muchos. Tus vacíos económicos deben ser de larga data.

D.: —No temas, seré muy breve. Comienzo por *Don Ramón*, el restaurante español por excelencia —quizás el único— de los años cincuenta. Quedaba en Caracas, no muy lejos del actual *Chung-Wah*, que sobrevive dignamente en esa zona inhóspita.

L.: —Un típico síndrome de la China.

D.: —El primer *Salvatore* ocupaba una vieja y cómoda casa de Maracaibo, cercana a Sucre. Luego se trasladó, sin cambiar de acera, a un segundo piso frente al teatro Ópera. Te hablo de los albores de los sesenta. También es de esa época el *Piemonte* de Podestá, situado por entonces en La Playa con La Unión, y el *Tonino*, la otra opción italiana, que presidía el segundo piso del flamante edificio La Ceiba. Todos ellos lugares *in*, oficiaban en el centro. Su posterior éxodo a otros barrios es un buen reflejo de nuestra historia urbana.

L.: —Por una vez, te doy la razón. Hoy no es fácil sentarse a manteles en las cercanías del Parque Berrío.

D.: —No puedo dejar en el tintero, ya en un plan más accesible a bolsillos estudiantiles, al *Manhattan* de Boston, bar restaurante que fue por varias décadas un doble templo: de las sabaletas, por una parte, y de la música, por otra. Te engullías un buen plato de pescado (o un bisté a caballo, manjar ya desaparecido, según creo) al compás de alguna sinfonía y bajo el severo retrato de su autor.

L.: —Versión criolla del Café Cantante. Sigue.

D.: —Sigo y concluyo. Siempre en términos culinarios, resulta menos frustrante ser pobre en Medellín que en Bogotá, valga el ejemplo. Nuestros restaurantes, aun los más prestigiosos (sobre todo esos) son un constante azar, un espejo, diría yo, de nuestra incultura. Van dos anécdotas: Una vez fui con una amiga al ya desaparecido *Postillón*, que quedaba (sigo en el centro) en la esquina de Sucre con Bolivia. Mi amiga pidió una crema de cebolla, y al recibirla media hora después, pidió al mesero con toda cortesía que la retirara, pues se trataba a todas luces de una sopa de sobre, fácil de adquirir en cualquier granero de barrio. Sin decir palabra, el mesero se llevó el potaje, y regresó a los cinco minutos, mudo como una ostra, con una autentica y exquisita crema de cebolla. La moraleja es obvia, y suena mejor en paisa: nuestros restaurantes atienden “según el marrano”. O, también a lo paisa: “El que no llora no mama”.

L.: —Triste anécdota, que hiere mi antioqueñidad. ¿Y la segunda?

D.: —La segunda fue en un restaurante (omito su nombre) considerado en ese momento el mejor de la ciudad. Para empezar pedimos (los que pagaban y yo) una botella de Jerez. Con gran sorpresa escuchamos decir que no había. Pero la sorpresa fue mayor cuando a poco el mesero regresó y, vacilante, nos informó que sí había una botella, pero empezada, por lo cual la administración estaba dispuesta a hacernos una justa rebaja. Lo dicho: nuestros restaurantes hablan el mismo lenguaje de las verdulerías.

L.: —Creo que perdí el apetito. Y es una lástima, porque pensaba invitarte a comer.

D.: —Como dijo Alvaro Mutis, que nos coja la cena con los sueños intactos. Acepto.



La voz del pueblo

DONATO: —Muchos escritores se han nutrido de ese *corpus* elusivo que llamamos el habla popular. Entre nosotros, y bien entendidas las cosas, el máximo ejemplo es quizá Fernando González, para mí el mejor escritor, así a secas, que ha dado Colombia. Pero este tema, Luciano, nos excede. Solo lo utilizo para evocar en humilde y modesta escala dos personajes nuestros, entre muchos, que llevaron con inocencia y desenfado el sonido silvestre de la parla antioqueña al grave terreno del papel impreso.

LUCIANO: —Por lo que oigo, no has seguido su ejemplo.

D.: —Empiezo por Alfonso Upegui Orozco, *Don Upo*, que escribió durante muchos años “De los estrados judiciales”, la página roja del periódico *El Colombiano*. (Paréntesis: la página roja desapareció como zona autónoma de la prensa escrita. Todos los periódicos, e incluso algunas revistas, la incluían. Había también publicaciones especializadas en el tema, como la aún recordada *Sucesos Sensacionales*, tabloide paisa, especie de museo nacional del horror). Don Upo creó para su oficio un estilo sin imitadores. Narraba con una prosa amena y contenida oscuros crímenes y dramas, pero no desdeñaba aquellos que, por singulares o curiosos, se avenían mejor a las picardías y *boutades* que le fluían de la pluma, siempre en tono menor y casi escondidas entre el diario recuento de delitos. Famosa fue su manera de titular, todo un prodigio de síntesis: “Porque dejó de palpar por él, se lo atravesó de una puñalada”. O bien: “El bus bajaba a toda velocidad. Heliodoro atravesó sus 70 años”. Finalmente, esta última, terrible compendio de una tragedia íntima: “Encontraron el feto en la caneca. Ella decía que eran lombrices”. Debo a Carlos Mario Gallego, *Mico*, esos tres

ejemplos. Pero muchos otros se han interesado en los trabajos de Don Upo, y hasta creo que existe una tesis periodística sobre ellos.

L.: —Mico, en todo caso, podría incluirse también en ese tipo de escritores que mencionabas antes.

D.: —Así es. Pero su revista *Frivolidad*, en mala hora desaparecida, me recuerda más, salvadas obvias distancias críticas, a *La Cátedra* del Cura Burgos.

L.: —Extraño, *Frivolidad* no era propiamente clerical.

D.: —Tampoco lo era Jesús María Burgos, a quien todos llamaban *el Cura*, quizás por algún desliz seminaril de su juventud. Extrovertido, parlanchín, pintoresco, mal hablado, era una suerte de arquetipo paisa, si no fuera porque esa clase de personajes abunda en muchas partes y épocas, e igual podemos hallarla en un buen filme de vaqueros, o en las fértiles canteras de la picaresca ibérica. Aparte de despotricar de todo el mundo, el Cura tenía dos pasiones, el fútbol y los toros. Fue dirigente deportivo, fundador de equipos, etc. A pesar de su facha, su desparpajo y sus palabrotas, era un hombre integro, sincero hasta el tuétano, y nunca transigió con las componendas y corrupciones del deporte profesional. Para hablar de esas y otras faunas de la comedia parroquial, fundó una revista, *La Cátedra*, modelo de desaliño gráfico y templo de erratas. Desde sus páginas, y con un lenguaje de carretero, lanzaba gruesos dardos a tiros y troyanos, a grandes voces, por así decirlo, y a carcajada limpia.

L.: —Conozco el modelo. Mucho ruido y pocas nueces. Al final de cuentas, nadie hace caso de esos tipos.

D.: —No lo creas. el Cura se llevó más de una paliza por sus ataques. Nunca mentía, y esto hacia que en vez de denuncias judiciales lo cercara la amenaza del garrote, menor en todo caso que los actuales y más expeditos medios de callar a alguien. Pero, la verdad, la mayor parte de sus bromas no trascendía el folclor. En su pasquín incluía secciones como “Tarro de la basura”, a donde enviaba, por ejemplo (uno de tantos, tomado al azar), “Las mentiras de Héctor Vargas, de Palmira, para eludir el pago de la suscripción de *La Cátedra* en 1972, diciendo que no le llega. Mamola”. Un ejemplo más, muy de su estilo: “[...] A los hermanos Anaras Tangarifes, quienes dicen ser hijos legítimos del *Cura* Burgos”.

Y termino con la respuesta que da a un lector, supuesto amigo, quien le escribe reprochándole que no haya vuelto a escribir en su revista poemas de no sé qué autor: “[...] Creía que tus aficiones eran solamente el fútbol, las tijeras, el corte

*

Elkin Obregón

de franela, la lengua, el izquierdismo comunista a la cubana y el aguardiente de caña, pero no la poesía...”. En fin, suspendo aquí y omito, por respeto a tus oídos, la cascada de “tacos” que inundaban las páginas de la inmortal *Cátedra*.

L.: —No importa. Pero alcanzo a oler el parentesco con *Frivolidad*.

D.: —Ya te lo decía. Solo que Mico, a diferencia del Cura, es un prohombre, según lo confirma su inclusión en la lista de cincuenta notables perpetrada por *La Hoja*. Alguna vez escribiré una tesis sobre él.

*



Estratos musicales

DONATO: —Las serenatas de antes...

LUCIANO: —No las hay ya, por suerte.

D.: —Me interrumpes a destiempo. Mi encabezamiento tenía un propósito tautológico. De sobra se ha dicho que la ciudad nueva, con sus edificios de apartamentos y sus unidades cerradas, asfixia ese recado musical. En cierto modo (el que aquí interesa), es un espacio sin balcones ni ventanas. Además, las novias de hoy no se acuestan temprano. Por eso, en estricta lógica, no hay voz ni guitarra que pueda despertarlas.

L.: —No sé, tal vez ya es tiempo de inventar la serenata-fax; o, en su defecto, la serenata-multimedia.

D.: —Tal vez. Pero no quería hablarte de serenatas, sino de serenateros. Los hay (o había) de dos clases, o si prefieres de dos categorías. La clase A, y la clase B, letra que en triste rigor decreciente podría llegar hasta la Z. En mis primeros tiempos los serenateros A solían ubicarse en dos bares contiguos, el *Crillón* y el *Primero de Mayo*, situados al frente del teatro Metro Avenida. Eran dos lugares ruidosos y alegres, con fachadas humildemente neoclásicas. De allí salían los músicos a cumplir sus compromisos, y allí volvían a la espera de nuevos clientes. Un largo bullir que traspasaba con largueza la medianoche, prolongado después en las mesas hasta la madrugada. Porque en aquellos bares (y en otros) no se ponía nunca el sol, ni se saciaba nunca la sed de aquellos cantores insaciables. Cigarras de la noche, los llamó algún poeta cursi.

L.: —Me suena a Horacio Guaraní.

D.: —No tanto. Pero vuelvo al tema: cuando esos dos lugares decayeron, la tropa se trasladó al *Escorial*, diez pasos más arriba. En esa amplia sala sótano, se fraguaron infinitas serenatas. Pero, más que el sótano, muchos músicos preferían la acera de la entrada, y formaban allí corrillos que tenían algo de bazar. Un bazar sin mujeres, por supuesto. Las mujeres eran objeto, no sujeto, de esos rituales. La perla en el cofre, digamos, que aquellos cantos pretendían llevar, con medidos y juiciosos pasos, al tálamo fatal.

L.: —Comprendo tu lapsus. Pero sigue.

D.: —Mi *grand finale* son los merenderos. Vale decir, la sufrida clase B. Muchos había —no sé si ahora— en la muy noctámbula —no sé si ahora— plaza de Envigado. Pero he dicho sufrida, y hay excepciones. En el Junín ancho, más allá del famoso *Patio del Tango*, quedaba el café de Pacho Lunares, un amplio bar-prendería, recubierto hasta el techo de guitarras y tiples. Pacho y su moza (bella palabra, ya casi en desuso), atendían personalmente a su clientela, pero solo hasta el momento en que Pacho se marchaba, con su Jazz-band de flautas y clarinetes, a hacer honor a su bien ganada fama de merendero insigne. Pacho era gordo, serio, dulce. Tenía una cara menuda de niño, y unos ojos caídos y tristes que se le salían de las órbitas al cantar. Su voz era bronca, silvestre y, a su modo (no me pesa decirlo), bella. Muchos preferían su arte al de los serenateros refinados. Pero, además, su espacio era más amplio.

L.: —Amplitud de prendero.

D.: —Hablo de su espacio musical. Más que en balcones de casaderas, él y su grupo lucían en reuniones, fiestas, bailes y otros jolgorios. Y paseaban airoso su música por todas las clases sociales.

L.: —Te saliste de las serenatas.

D.: —Por fortuna. No estoy ya para tálamos. Al menos en su primera acepción.



La calle sin nombre

DONATO: —Con la Setenta ocurrió como con esas adolescentes que sufren de la noche a la mañana un cambio radical de aspecto. Omito decir si ese cambio fue bueno o malo, porque no soy urbanista sino historiador.

LUCIANO: —Historiador “a lo bien”, como el gran René Higuita...

D.: —De San Juan hacia el sur (y también hacia el norte, aunque en ese sector había muchos baldíos) era a finales de los cincuenta una tranquila calle residencial, sólo alterada por el tránsito de los estudiantes bolivarianos. Apenas si había por allí un granero heladería, *El Paso*, que resistió muchos años la avalancha renovadora. Un buen día, (año 58 o 59) surgió en la zona un restaurante pequeñito. *El Quick*, muy coqueto, con mesas en la acera. Su dueño era alemán, o húngaro, y sus precios, como dicen en *La Hoja*, “muy razonables”. Y se daba el lujo de ofrecer platos bastante exóticos para la época, como el *goulash*, o una carne en gelatina de pata cuyo nombre olvidé para siempre.

L.: —Pídele una mano a *Doña Gula*.*

D.: —Nadie previó entonces que *El Quick* era el primer aviso de que “algo había ocurrido en el universo”. Un par de años después surgió *El Golfito*, frente a la Bolivariana, *El Molino*, en la esquina de San Juan, y frente a él la nueva sucursal de almacenes Ley. Y hacia el norte *La Careta*, y *Los Sauces*, cuyo ambiente taurino se acentuaba en los tiempos de temporada ídem; era una especie de híbrido, sin

* Seudónimo de un comentarista de gastronomía.

embargo, que no vendía paellas sino chuzos, y en donde, más que de pasodobles, los clientes se podían dar un buen atracón de “despechos”.

L.: —Los Sauces Llorones.

D.: —En síntesis, y resumiendo: en 1970, un recorrido desde la UPB hasta la canalización de La Hueso te mostraría, entre otros —descontando los ya nombrados—, los siguientes establecimientos públicos: *El Virrey*, *El Manhattan*, el “sórdido y delicioso sótano que lo franqueaba” (sin nombre en esta crónica); ya pasando San Juan, *El Telestar*, *El Balalaika*, cuya *pièce de resistance* era su estupendo *strogonoff*, *El Dino Rojo* y su sótano, *La Cueva del Dino*, un gentil piano bar que se daba el lujo de ofrecer música en vivo, con piano, batería, y el tolerable *rock* de esos años, libre aún de satanismos subliminales. Añade a esa lista el teatro Tropicana, y muchos otros lugares que ya no logro enumerar. Pero además los primeros asomos, luego multiplicados, de las ventas en carritos, con sus *hot dogs* de mil tamaños y colores. Nuestra *Vía Venneto*, diría un buen paisa.

L.: —Déjalo en la Setenta. Y en perros calientes.

D.: —Después, ya sabes. Los años siniestros, que no quiero historiar, y que ya se baten en retirada, ojalá definitiva. Elijo para el fin un último local, también sin nombre en mi memoria, y también de la *Belle Epoque*: quedaba en San Juan, a pocos pasos abajo de la Setenta, y lo define así un colega mío (sesudo historiador): “Un sitio espectacular, con *ping pong*, billares, y gran pista de carros eléctricos”, Lo menciono, también, porque creo que es la primera vez —y la última, espero— que el neologismo “espectacular” irrumpe en estas páginas.

L.: —De eso no cabe duda. Tú vives de arcaísmos.

*
La fiesta interminable

DONATO: —... La reciente y admirable presentación de *El Desdén con el Desdén*, por la Compañía de Teatro Clásico, dirigida por el gran Rodolfo Marsillac, me trae al recuerdo las viejas compañías teatrales —españolas, en su mayoría— que visitaban a Medellín. Por aquí pasaron nombres que hoy son leyenda: Ricardo Calvo, María Guerrero, Fernando Díaz de Mendoza, Virginia Fábregas... De aquellos grupos, el último de “gran aliento”, podría decirse, si alguien no decide lo contrario: la Compañía Alejandro Ulloa, que estuvo en nuestra ciudad en el año 1954, y luego, por segunda y última vez, en el 58 y 59. En ambas ocasiones en el viejo, proteico y ya extinto Teatro Junín.

Era la de Ulloa un ejemplo típico de las llamadas Compañías de Repertorio, modalidad ya casi inexistente. No debe confundirse con los grupos que hacen giras llevando en sus arcas dos o tres piezas: obras cuidadosamente montadas, un espectáculo especializado. Las compañías de repertorio viajaban por el mundo con quince o veinte obras por temporada, casi siempre dentro de un amplio espectro de géneros. Por eso, y según la respuesta del público, su estadía se prolongaba. La escenografía, por fuerza precaria, se basaba esencialmente en telones pintados. La actuación de los actores obedecía a un patrón estético que hoy sería difícilmente aceptado: el número y variedad de asuntos no permitía demasiadas sutilezas. Esa misma multiplicidad hacía imprescindible la presencia del *consueta*, actor sin rostro, invisible dentro de su concha, pero no siempre —por desgracia— inaudible. Alguien debería escribir la historia de *los consuetas*: sería, de algún humilde modo, la historia misma del teatro.

LUCIANO:—Me parece que aún existen algunos. El cuadro teatral que pintas no le es del todo desconocido a los jóvenes. Todavía nos visitan, de vez en cuando, compañías de zarzuelas.

D.:—Tienes razón. Pero te hablaba de Alejandro Ulloa. Recuerdo parte de su repertorio: clásicos españoles, autores de este siglo XX, y asómbrate: hasta el mismísimo *Hamlet*... Añade a *Cyrano de Bergerac*, y el infaltable *Fin de fiesta*, con sus recitaciones y monólogos ¡El público deliraba, Luciano, se pedían repeticiones, *encores*, los actores se convertían casi en viejos amigos...! ¡La ciudad vivía, te lo aseguro, una fiesta de meses!...

L.:—Te lo creo. Me describes un ambiente envidiable, del cual está ausente (no lo dudo) la nostalgia. Pero olvidas un punto: el teatro ha evolucionado; y también las costumbres, la visión del arte, la ciudad misma...

D.:—Ciertamente, amigo Luciano, lo natural de las ciudades es crecer o, como tú lo dices, evolucionar. Pero, como en todo organismo vivo, esa evolución debe obedecer a un *tempo* regulado, a la orden secreta y sabia de sus propias células. No era igual el Medellín de los cuarenta al de los sesenta. Pero los dos (y los que entre ellos hubo) *eran* Medellín. Después comenzó una larga historia de crímenes (urbanísticos y de los otros) que han arrasado un rostro, un cuerpo, un futuro coherente. Para no abandonar el lema del teatro, Medellín —y yo con él— pasó orgánicamente de Ulloa a, digamos, el grupo *El Triángulo* o *HK 111*. De allá para acá, las cosas son algo más caóticas. O, si lo prefieres, menos claras...

L.:—¿*HK 111*? Me suena ¿No es ésa una obra de Gonzalo Arango?

D.:—Lo es, en efecto. Una obra representada, que yo recuerde, una sola vez. Eran los días en que Medellín vivía su pequeña fiesta privada del Nadaísmo. Es otro tema. Abur, parece. O como diría Alejandro Ulloa: “Mas debo inmediatamente partir, sin excusa alguna...”

*
Make me a mask

DONATO: —Ignoro cuándo empezaron entre nosotros los bailes de disfraces. Alguien debería historiar el desarrollo de estos jolgorios, a los que suele rodear un halo equívoco, en una ciudad de tan pacatos atavismos. Supongo que durante mucho tiempo estuvieron asociados a los carnavales, ese pagano reducto de libertad.

LUCIANO: —Me hablas en chino. Solo he padecido la Feria de las Flores.

D.: —Carrasquilla describe con mano maestra uno, en su maravillosa novela *Frutos de mi Tierra*. No recuerdo ahora otra mención literaria paisa del tema. Ya de mi época, puedo consignar, aunque de oídas, los que se celebraban en clubes, y los muy famosos del barrio El Prado y del parque de Bolívar, que se mencionaban un poco a *soto voce*, y que, al menos para el *homo qualunque*, tenían algo de misa negra.

L.: —Entiendo que no te invitaran. Ni siquiera vas a las blancas.

D.: —También en un aroma de pecado envolvió la imaginación popular una célebre mascarada que se organizó, allá por el año sesenta, en la ya olvidada “Mansión del Arte”. La dueña de dicha casa, situada en Laureles, era una curiosa mecenas de esos tiempos, doña Antonieta Pellicer, mexicana, quien compraba sus obras a oscuros o promisorios artistas antioqueños. En su patio estuvo, amorosamente rescatada, *La Bachué*, de José Horacio Betancur, cuyos senos al aire despertaban la ira de la feligresía local. En lugar tan sospechoso, y en pleno auge de los nadaístas y otros *adláteres*, celebró doña Antonieta su fiesta. Alertada la parroquia de Santa Teresita (creo que desde el púlpito), montó en

casta cólera. Y el baile tuvo prematuro fin, con la irrupción de las fuerzas del orden, y un buen número de vampiros, espadachines y emperatrices confinados en la comisaría más cercana.

L.: —Reos sin rostro.

D.: —Y ahora, un pequeño aporte personal, con remate funambulesco. Hace muchos años, unos cuantos amigos organizamos un baile de disfraces. Se hizo en una finca cercana, y contó con profusa decoración, luces, música en vivo, bar con servicio a los invitados, y un parqueadero que se desbordó por prados y jardines. La fiesta fue grata y pacífica. Pero unos días después, las asistentes empezaron a recibir, una a una, extrañas llamadas en las que una irreconocible voz —femenina— les describía con pelos y señales sus atuendos, recordaba con exactitud anécdotas y diálogos de esa noche, y procedía luego, en términos de alto voltaje, a proponer una cita amorosa. Así, pues, alguna de aquellas máscaras había ocultado a una lesbiana. Muchas sesiones dedicamos a tratar de aclarar el misterio. Surgieron hipótesis, vergonzosas sospechas, se tendieron trampas. Todo en vano, porque la desconocida e insistente mujer era tan astuta como apasionada. Como se dice en el *argot* policial, cerramos el caso. Y solo años después, evocando aquel asunto, un comentario en apariencia baladí rasgó de pronto el velo: la misteriosa acosadora sexual era una de las meseras que había servido las copas en la fiesta. En el campo deductivo, una buena y triste lección. Habíamos pensado en las invitadas, no en las criadas. Como suele suceder, no imaginamos en estas una condición humana. Querido Luciano, también una criada puede officiar en el altar de Lesbos.

L.: —Lo tendré en cuenta. Pero la de tu historia debe ser una oficiadora frustrada. Ya no hay bailes de disfraces.



Introducción (tardía) a las mujeres

DONATO: —En mis años de bachillerato no había en Medellín colegios mixtos. Gracias a esto los de mi generación, al menos buena parte, conocimos a las mujeres en las aulas universitarias. Me explico: de adolescentes, nuestro contacto con el bello sexo (es decir, con las niñas bien) pasaba por los bailes de quince, los obligados noviazgos, las idas a cine (siempre con “candelero”), las visitas, casi nunca solos, al portal o la sala de alguna chica de la vecindad. Todo esto bajo un código de velos, de fachadas, de suaves pero férreas hipocresías. Yo, por mi parte, nunca logré aprender ese código, y ante aquellas extrañas criaturas temblaba como una hoja.

LUCIANO: —Casi te comprendo. Te veo mejor como “candelero”.

D.: —En la universidad ese ser etéreo tomaba carnadura, y se revelaba, de pronto, un semejante. Alguien como uno, sin afeites exteriores (siempre hay excepciones, claro), capaz de rabieta, vacilaciones, ambición, frustraciones, mezquindad y camaradería, pasiones del alma que suelen habitar, por turnos o al unísono, en una sola alma. Alguien fraterno, en suma.

L.: —Reitero mi comprensión. No te sabía tan afecto a las hermanas.

D.: —Tal acceso repentino a la amiga, a la compañera (con vergüenza lo digo, pero me remito de nuevo a la tiranía de la historia), no se lograba fácilmente, y solía asumir las características de un lento y doloroso parto. Alguien debía novelarlo: nunca se ha narrado, que yo sepa, la torpe actitud que asumimos (yo no demasiado, creo ahora, más por timidez que por otra cosa), las patéticas malicias, procacidades y consejas que surgían, casi siempre a *soto voce*, de la tropa masculina, en el fondo asustada, o desconcertada, sospecho, ante ese primer en-

cuento verdadero con “la otra”. Muchas anécdotas podría contarte al respecto. No lo hago porque no es este ni hoy “el lugar adecuado”.

L.: —Gracias al cielo. Por favor, cambia el tema.

D.: —Lo hago con gusto, aunque no del todo. Por asociación de época, y sexo, salgo por un momento de las aulas para hablarte de una dama que conocí en esos tiempos, y cuyo nombre, Hilda Pace, de seguro ignoras. Era bella (estoy seguro de que sigue siéndolo), mucho más bella que las bellas de oficio, a pesar o gracias a sus ojos casi saltones y a la anchura de la boca siempre sonriente. De padre eslavo y madre italiana (o viceversa), había vivido su juventud en Norteamérica, pero hablaba un español casi perfecto. Llegó a Medellín con su esposo, el pintor Pedro Restrepo Peláez, un paisa trashumante que volvía a su tierra después de largos años, y entre cuyos amigos (entre ellos mi papá) Hilda ofició de musa inspiradora, por decirlo así, de alada presencia femenina en aquellas tertulias de hombres solos (o casi), tan usuales en aquella época, por razones socio maritales que no es tampoco el caso explayar aquí, y que Hilda, venida de otros lares y ambientes, transgredía sin proponérselo, con la misma gracia, discreción y suavidad que aportaba a todo cuanto hacía. Era música, investigadora, bailarina, cocinera, siempre sin estridencias, con una especie de pudor que no sé definir pero que hacía de ella, si me permites el término, una suerte de diletante especializada. Daba clases de piano, y alguna vez grabó en acetatos (los casetes de esos tiempos), y solo para los amigos, un concierto impecable. Como bailarina, recuerdo aún el recital de danza andaluza (con un tono didáctico, quizá para desterrar cualquier sospecha de divismo) que dio una noche en el escenario (pues lo tiene, aunque sea ya un bien mostrenco) del teatro Ópera, y del cual puedo darte una borrosa idea gracias a esta foto de promoción que tienes frente a tus narices. En resumen, Hilda fue para mí, que la admiraba desde lejos, casi un amor platónico, una imagen tan grata como lejana. Nunca he vuelto a verla, al menos cara a cara, si bien cuatro lustros después la vi con frecuencia en la TV, donde orientó por algún tiempo un programa dominical de música clásica, interpretada en vivo por la orquesta del maestro Jaime León. Recuerdo que...

L.: —No recuerdes más, si no te molesta. Y muéstrame otra vez la foto. Quiero verla, aunque bien la calificaste de borrosa.

D.: —Aquí está, y te advierto que no lo dije en ese sentido. Pero espera a que salga en *La Hoja*.

*
Loa a los segundos pisos

DONATO:—Ahora que nos rodea un ambiente de ajedrez (recuerda que estamos hablando en noviembre), quiero mencionarte al *Club Caissa*, un amplio local de los años setenta que ocupaba un segundo piso de la carrera Junín, casi en el cruce con Caracas. Al *Caissa*, hecho extraño en los templos ajedrecísticos, acudían también los “gentiles”, ajenos al juego de los escaques, en parte por lo grato del lugar (algo de su encanto estaba en la música, en buena proporción traída en sus maletas desde Chile —no nos abrumaba todavía el *boom* de la música sureña— por su administrador, el ex campeón —de ajedrez, por supuesto— Emilio Caro), en parte porque, para regusto de noctámbulos, el Club amanecía; de hecho, fue sin duda uno de los últimos cultores de ese noble hábito, ya borrado de nuestras medrosas calles. Nunca lamentaré demasiado la desaparición de aquel sitio, hospitalario con oficiantes y profanos. Se hacían allí torneos, se jugaba sin descanso, se comía y bebía a precios más que cómodos. A pesar de su indudable tufillo a bar, acudían a él mujeres (costumbre aún extraña en esa época), que no desdeñaban las varias opciones etílicas o tablerísticas. En sus mesas habrá surgido tal vez alguna de nuestras émulas paisas de Judith Polgar.

LUCIANO:—Algún *Caissa* existirá en Hungría. Pero las chicas Polgar, bien lo sabes, son un producto casero.

D.:—Y abstemio, sobra decirlo. Así que, prudentemente, cambio de tema y tiempo, aunque no de espacio: tras la esquina de Junín, unos pasos abajo por Caracas, se ubicaba en los finales de los cincuenta y comienzos de los sesenta *El café de los Angelitos*, un amable antro frecuentado por nadaístas, estudiantes, periodistas (no había todavía comunicadores) y otras castas similares. El local

era atendido por su dueño. Pacho y su moza (bella palabra, ya lo dijimos alguna vez), una mujerona rozagante y excesiva a la que todos llamaban (pura licencia poética, no creas otra cosa) *La Pecadora*. Pacho era un mulato corpulento, con una terrible cicatriz en la mejilla y una bondad a toda prueba, que le permitía soportar con estoicismo la general pobreza de muchos de sus parroquianos. El sitio era pequeño y oscuro, pero en los fondos se abría la antigua casa cuyo frente ocupaba, con un amplio corredor deshabitado y el clásico patio de la época. En esa especie de trastienda privada solían hacer tertulia unos pocos habituales de confianza, cómodamente instalados en unos enormes y maltrechos butacones, restos sin duda de mejores tiempos.

L.: —Suena bien ese rincón secreto. Debí ser tu segundo hogar, si no el primero.

D.: —No demasiado. Por eso prefiero robarme aquí, para el *grand finale*, y en versión más o menos literal, la anécdota que me contó un amigo, mucho más frecuentador que yo de aquel café y de su “rincón secreto”, como tú dices: “Contertulio habitual de nuestro grupo era N, que había dejado la casa paterna para entregarse de lleno a una bohemia tan provista de aguardiente como nula de dinero. Vivía en un cuartucho que le había cedido un amigo, y se alimentaba, literalmente, del aire. Una noche de trastienda en *Los Angelitos* vimos en un rincón una escalera de mano y decidimos explorar el segundo piso, que no pasaba de ser un saliente estrecho, sin paredes ni barandas. Una vez arriba vimos que un tragaluz abierto en la pared del fondo comunicaba con los altos del local contiguo, por el lado de Junín, y que esos altos eran la bodega de dicho local, que resultó ser el que ocupaba en aquel tiempo la salsamentaria *La Viña*. Por el tragaluz se ofrecían a nuestro alcance, como única pero gratuita mercancía, docenas de latas de *petit pois* (léase alverjas). El final lógico de la historia es que N llenó sus bolsillos (y los nuestros) con aquel maná del cielo, y que durante muchos meses obsequió a sus amigos, en el refugio de su cuartucho con generosas raciones de *petit pois*”.

L.: —No está mal la historia. Deberías robar más a menudo. Historias, quiero decir. Sin que se enteren los herederos de *La Viña*.



Todos estábamos a la espera

DONATO: —Una remotísima tarde charlaba yo con un amigo en la acera de mi casa, cuando vimos surgir por la puerta de ésta una imagen insólita: era mi hermano mayor, de 16 años, que salía subrepticamente, ataviado con una larga gabardina de mi papá y un viejo sombrero, prenda ya en desuso por aquellos tiempos, también de procedencia paterna. Tan extraña era la aparición, dada la edad y los atavíos del personaje, que no hubiera sido impropia de un baile de disfraces.

Pero no estaba mi hermano para bailes. Simplemente, corría —por primera vez— la aventura de arriesgar su entrada a una película “para mayores”. Algo así como un rito iniciático. No recuerdo —y lo quisiera— el nombre de la película, ni tampoco si mi hermano tuvo éxito en su intento.

LUCIANO: —No lo creo. Lo conozco, y no ha perdido su inocencia.

D.: —Ignoro si todavía hay censura cinematográfica. O, en todo caso, de haberla, no sé cómo opera. En los años de mi niñez y adolescencia, esa censura presidía con absoluta autoridad —hoy no se ve por parte alguna— los correspondientes avisos de prensa, y era tan celosa como tajante: *Todos, Mayores de 16, Mayores de 21*. (Esta última era entonces, como tal vez sabes, la edad oficial de la adultez). No había opciones intermedias (no pidas lógica a las leyes), y aquel cerco riguroso era, para los “menores”, una ansiedad cotidiana. Desde que se anunciaba, días antes, el estreno de un filme que prometía ser interesante, la espera de la temida clasificación nos hacía mordernos las uñas.

L.: —De entonces a hoy te han crecido. Solo físicamente, claro.

D.: —Dije que el cerco era estricto, pero a veces conseguíamos violarlo: un grupo de compañeros de sexto de bachillerato logramos colarnos una vez a la

oficina del rector, y robar de su escritorio unas cuantas tarjetas de identidad a las que pusimos nuestros respectivos nombres y la anhelada edad de los adultos. El riesgo se justificaba: ansiábamos ver *Deshojando la Margarita*, cuyo título y el nombre de la protagonista, Brigitte Bardot, prometían deliciosas infidencias. Entramos sin tropiezo al cine (la autoridad de la letra impresa obvió la evidencia de nuestras figuras), pero el destino castigó nuestro pecado. B.B. no soltó prenda alguna, y la única margarita deshojada fue un par de fugacísimos y secundarios pezones en blanco y negro.

L.: —También el rector debió castigarlos. Disponía de dos mandamientos cristianos para hacerlo.

D.: —Otras veces, la osadía tenía triste fin. Todo se cifraba en el humor arbitrario del acomodador, que permitía o negaba la entrada a su amaño, según el juicio que le mereciera el aspecto del aspirante. Recuerdo la melancólica retirada de un amigo mío, con quien me atreví a ensayar el posible acceso a *Los Hermanos Karamazov* (con Yul Brinner y María Schell a la cabeza del reparto). Yo obtuve el visto bueno de Caronte, mi amigo debió devolverse con el rabo entre las piernas, a los infiernos exteriores.

L.: —Más te hubiera valido asistir a una película sobre mitología.

D.: —Los tiempos han cambiado, mucho y para bien. Creo que la primera vez que tuve conciencia de ese cambio fue a mi regreso de Europa, donde había visto *El Último tango en París*, cinta por entonces maldita en España y otros lugares. Para mi sorpresa, la estaban dando en Bogotá. Volví a verla, por supuesto —poco había entendido de ella en tierras de gentiles—, y alguien me preguntó luego, con justificada sospecha, si la versión criolla estaba recortada. Y sí, en efecto, lo estaba, por culpables razones de horario, achacables a los exhibidores. Pero habían cortado al azar, supongo, porque allí permanecían, intactas, la bella María Schneider y su golosa afición a la mantequilla.

L.: —Déjate de alusiones culinarias. Mejor hubieras dedicado estos *Diálogos* a los cinco años de la revista *La Hoja*, que bien lo merecen.

D.: —Lo sé, lo sé. Pero cinco años no son nada para una página que se dedica a las evocaciones. Son en cambio mucho para *La Hoja*. Todo un lustro de esfuerzos y logros. Vayan para la revista y sus gestores mis parabienes. Y también mi gratitud, la nuestra, por la generosa hospitalidad que han dado a estos *Diálogos* jurásicos, que ya, haciendo honor a ese calificativo, inician poco a poco el camino a la extinción.

*
Espantos y humaredas

DONATO: —Ahora que está *ad portas* la Feria del Arte, parece oportuno mencionar sus ilustres predecesoras, las *Bienales* de Medellín. Fueron cuatro, dirigidas (al menos las tres primeras, no estoy seguro en cuanto a la última) por ese admirable odontólogo venido a más que se llama Leonel Estrada. Y financiadas (menos la última, en la que colaboraron varias empresas) por ese símbolo del pragmatismo antioqueño que se llama Coltejer. Como ves, el Espíritu sopla dondequiera.

LUCIANO: —Evangelio según San Juan, si no me equivoco. No le robes las citas a Borges.

D.: —Fueron eventos desmesurados, casi abrumadores, que llenaron de asombro y espanto a una ciudad no acostumbrada a ese tipo de espectáculos extra parroquiales. La primera (1968) se celebró en un pabellón de la aún inacabada Ciudad Universitaria de la U. de A. Los asistentes (medio Medellín) pudieron contemplar allí con justificada zozobra una serie de objetos inquietantes: hierros, latones, telas, maderas, y una enorme oruga de plástico que se salía del recinto e inundaba la plazoleta frontal. Eran los años en que el arte empezaba a evadirse alegremente de los caballetes. No obstante, la atracción central fue una inmensa *Madona* de Botero, y la obra ganadora una secuencia al óleo de Luis Caballero, nombre por entonces reservado a los especialistas. Un Luis Caballero en su primera época (levemente baconiano, y libre todavía de su posterior lastre literario), que se declaró públicamente orgulloso de haber recibido aquel premio en una exposición presidida por el bello lienzo de Botero. Lindo gesto, digo yo, nada común en nuestra jungla artística.

L.: —De acuerdo. Es más frecuente escuchar en esos casos gritos y susurros.

D.: —La segunda, ganada por una especie de juego óptico de Luis Tomasello, ocupó el mismo espacio universitario. Omito otros datos, porque en mi viejo cerebro esas dos bienales tienden a confundirse. La tercera (1972) se montó en los sótanos del edificio Coltejer, tampoco concluido en esa época. El público bajaba desde Sucre por una larga rampa inclinada, y se adentraba en un confuso laberinto, no muy lejano (por su configuración, no hablo de su contenido) a alguna suerte de infinito museo de los horrores. Recuerdo de esa muestra, entre otras obras, una excelente serie de *Históricas* de Felisa Burzryn, un espléndido tapiz de Olga Amaral, y un curioso tríptico de un pintor centroamericano, más o menos ortodoxo, titulado “Muerte y transfiguración de Rubén Darío”. Por lo demás, las tiranías de la época: algo de Pop, algo de hiperrealismo, una que otra *creación colectiva*, y algunas perlas criollas o ajenas perdidas entre la fanfarria.

L.: —Ya entiendo tu cobarde alusión al museo de los horrores.

D.: —Por último, la última, realizada tras un largo receso en el Palacio de Exposiciones, en 1981. Se vivían los aires triunfales del arte no objetual, cuyos profetas celebraron, aprovechando la ocasión, un movido foro en el Museo de Arte Moderno. En la explanada del palacio, como acto central de ese tipo de propuestas, la argentina Marta Menujín escenificó una muy sonada “Quema de Gardel”, que debió doler a más de un fiel tangófilo, a pesar de que el acto tenía, según entiendo, un carácter de homenaje expiatorio, o cosa parecida. Pero el lienzo parecía aún indestronable: gran aceptación tuvo la sala de “La familia González”, de Manuel Camargo. Retengo también en mi memoria unos bellos cuadros de Manuel Hernández, un óleo de Norman Mejía, una serie de desnudos y rostros de Góngora, y una colección de telas del maestro Alejandro Obregón, ya por entonces hundido en los engañosos tremedales (para él) del acrílico. En fin, *last but not least*, es justo mencionar los deliciosos Beatles de Dora Ramírez, esa añorada dama con nombre de galería.

L.: —Tengo el honor de conocerla. ¿Que habrá dicho ella de la quema de Gardel?

D.: —No sé; pero su Gardel, también envuelto en llamas, sigue tan campante, y el otro se disolvió en las nieblas del olvido.

L.: —Tal vez. Pero, por el tono de tu voz, no te veo muy objetual.



Cartas anónimas y de las otras

DONATO:—A pesar del fax, el internet, y quién sabe qué otros buitres futuros, se siguen enviando cartas. No suelen ser ya las cartas morosas que añoraba Pedro Salinas en su libro *El Defensor*, pero, en fin, son cartas. Se envían y se reciben, aunque no siempre puntualmente. No obstante, si no me equivoco demasiado, nuestro servicio de correos peca por retraso, no por omisión. Y sus culpas son, por así decirlo, burocráticas: en cuanto la carta ocupa al fin su lugar en el bolso del cartero, su destino está fatalmente asegurado. No sé si alguien ha hecho el elogio de los carteros, esa extraña logia de empleados que se permiten el lujo de pensar por sí mismos. En todo cartero habita, me parece, un orgullo por su oficio, o dicho de otro modo, por la eficiencia de su oficio. No lo arredran, según una vieja frase, vientos ni tempestades. No ceja ante una dirección equivocada (nombres o números errados, letras ilegibles, referencias escritas en un idioma extraño), pues su agudeza y terquedad son implacables: sabe leer entre líneas, imaginar, intuir, corregir por su cuenta y riesgo las omisiones del remitente distraído. Se dijera que algún espíritu misterioso (el dios de los carteros) le hace ser comprensivo con esas faltas ajenas que entorpecen su trabajo, sin que le quepa a él culpa alguna en el asunto. Para el cartero, esos obstáculos son tan solo gajes del oficio, y nunca se verá el caso de que alguno de ellos, justamente exasperado, arroje al cesto un sobre lleno de problemas al parecer insolubles. No sé si me excedo en elogios, pero conozco historias de cartas recibidas que casi harían palidecer la famosa *Carta a García*.

LUCIANO:—He leído ese cuento. Un par de minutos de correo electrónico hubieran resuelto el problema.

D.: —Dejo para otro día el elogio de la *Posta Restante*, institución universal que tiene algo de oasis fraterno en la aridez de las grandes urbes. Y vuelvo a mi tema, reconociendo el lado oscuro del mundo postal: esa carta que nunca llegó, y cuya ausencia puede traer consecuencias imprevisibles; o la que llegó con inexplicable retraso de meses, o incluso de años. Son casos fortuitos, pero su ocurrencia llega a crear en algunos, desconfianzas extremas. Un tío mío enviaba desde Bogotá sus cartas, y, temeroso de que se perdieran, las remitía de nuevo dos o tres días después, en cumplida copia de papel carbón (no sé si algo te dice el nombre de ese artículo, que aún presta sus servicios en oscuras oficinas burocráticas).

L.: —También lo usaban, y regalo este aporte a tus añoranzas postales y a tu desconocimiento de las tarjetas de crédito, para disimular billetes en los sobres.

D.: —Concluyendo: hay todavía el caso, no tan infrecuente según sospecho, de la carta que se recibe y no se lee. O porque la extraviamos, o porque otras manos la reciben y la dejan en nuestro escritorio, donde algún diablillo burlón se encarga de refundirla entre papelotes y cuentas de cobro. Algo así me pasó en estos días (y aquí, por fin —perdona el *calambur*—, muestro mis cartas): organizando y botando viejos papeles, rescaté a último momento, después de arrugarla, una carta que me pareció no haber visto antes. Así era, y al abrirla vi que no tenía fecha, ni dirección, ni nombre identificable. Me debió ser enviada hace cosa de un año, pues su remitente *Fulanita de tal*, alude a una crónica en la que hablábamos de Hilda Pace, a quien mi anónima correspondencia evoca con gran finura y belleza. Toda la carta —poco más de media página— es muy bella, y añadido a mi pesar por no haberla leído a tiempo el gusto de no haberme privado de conocerla. Otro tanto quisiera decir de su autora, y desde aquí la invito, si es que aún se toma el trabajo de leernos, a que alguna vez nos dé el placer de estrecharle la mano.

L.: —Adhiero a tu invitación, y también a tu entusiasmo por “[...] ese ir y venir de las ideas, saltándose las lejanías y venciendo los aislamientos [...]”. Me he vuelto adicto a las citas. Desde que navego.

*
Del sténcil al arpón

DONATO: —Algún ocioso escribirá algún día la historia de los periódicos estudiantiles; búsquedas más difíciles se han hecho. Al menos, la de unos cuantos papelotes que, por diversas razones, se han topado de manos a boca con algún curioso lector. Muchos escritores, políticos y periodistas famosos tienen en su pasado alguna de estas publicaciones. Pero también la tienen en el suyo muchos que carecemos de esos atributos. Mi periódico (es decir, el nuestro, porque éramos tres los culpables) se llamaba *Cero*, y alcanzó unos seis o siete números vagamente trimestrales, que leían con curiosidad o indiferencia los estudiantes y profesores de la facultad de Arquitectura de la UPB. El tiraje era de unos cincuenta ejemplares, si mal no recuerdo, y los primeros números fueron hechos en sténcil, aquel dispendioso aparato que hoy es, supongo, pieza de museo. Para cada página se hacía una especie de plancha tamaño oficio, no muy distinta, guardadas proporciones, de las que usan los grabadores. En ella se escribían los textos a máquina, y se rayaban con un estilete los posibles dibujos y gráficos. Luego, gracias a una pequeña rotativa, presenciábamos emocionados el surgimiento de eso que aún llaman en provincia “el olor de la tinta impresa”.

LUCIANO: —Eres un alma provinciana. Ya las letras no huelen.

D.: —Después ascendimos a la verdadera imprenta, y convertimos nuestro *Cero* en un modesto tabloide, que hacíamos imprimir en los talleres del Instituto Pascual Bravo. En cuanto a los clisés (otro invento perdido en las redes del scanner), los encargábamos en la respectiva sección de *El Colombiano*, por ese entonces ubicado en Maracaibo, entre Junín y Palacé. Dirigía esa sección (y me gusta mencionarlo) un señor llamado Onofre Gómez, *don Onofre*.

—también cronista hípico—, de cara hosca y generoso corazón. Resumiendo, ese remoto periodiquillo fue mi escuela —luego tristemente dilapidada— de diagramador, redactor y hasta “conseguidor de pautas”... como hoy se le diría a aquel mendicante recorrido estudiantil por oficinas, empresas y agencias, en busca no siempre recompensada de mendrugos publicitarios Y todo, claro, por amor al arte.

L.: —*Ars breve, vita longa.*

D.: —*Cero* era un pasquincito “blanco”, nada contestatario, como lo aconsejaba en ese entonces la prudencia de los estudiantes de una Bolivariana regida por estrictas y monseñoriles leyes de buen comportamiento. No suele suceder así en casos similares, por supuesto, pues los periódicos estudiantiles (al menos los universitarios, porque los colegiales, supongo, van por otros rumbos) son más bien tribuna de francotiradores

L.: —Felizmente, todos disparamos en la edad primera.

D.: —Una variante de las publicaciones estudiantiles, sin duda mucho más práctica en cuanto a edición e intención, son los periódicos murales. Puedo mencionarte dos, recordados al azar en alguna tertulia reciente. El primero, auspiciado por un profesor del Inem, se llamaba *Calumnia Libre* y consistía en un papel que invitaba con su nombre a que todos estamparan allí, bajo el piadoso manto del anónimo, cuanto quisieran. El otro, y con ese término, se perpetraba (año 66 o 67) en la facultad de Economía de la U.de A. Su razón social, *El Arpón*, llevaba como subtítulo una advertencia: “No le teme a los tiburones”. Era una publicación subrepticia, colmada de arponazos escritos sobre cartulina, y sus cuatro autores sobornaban por las noches al celador para que les permitiera pegarla. Sobra decir que dichos autores eran anónimos, y sobra decir además que todos los estudiantes sabían quiénes eran. También yo lo sé, pero solo me atrevo a delatar aquí a uno de ellos, mi viejo y funambulista amigo Eduardo Cárdenas. Espero que me perdone la infidencia.

L.: —También yo lo espero; por lo demás, esperar es una de sus virtudes. Que le pregunten a Godot.

*
El dial que no cesa

DONATO: —Hoy me sujetaré a la tiranía de las décadas para hablarte de música popular. Es una convención, por supuesto, pero hasta los mejores suelen caer en ella.

LUCIANO: —No te preocupes. Nadie va a advertir tu caída.

D.: —Con infinitas lagunas, te haré un brevísimo “repasso decadal” de cantantes y de géneros. Años cuarenta: dominio español y bambuquero. Angelillo, El niño de Utrera, Obdulio y Julián, El dueto de Antaño. Años cincuenta: se inicia el auge de los tríos bolerísticos: Los Panchos, Los Diamantes, Johnny Albino y su Trio San Juan. De España nos llega aún Juan Legido. En la segunda mitad de la década surge el *Rock and roll* de “Bill Haley and his Comets”, y a continuación Elvis Presley y Paul Anka. Más voces gringas: Harry Belafonte, Johnny Matis. Bellas voces, que las nuevas generaciones ignoran. Menciono como caso excepcional el de una chica “ídem”, que conoce y aprecia a Belafonte como cualquier cincuentón nostálgico.

L.: —Triste caso. Sin duda la chica es víctima de perversas influencias.

D.: —Sigo mi recuento. En los sesenta irrumpe “la nueva ola” (*Palito Ortega*, Enrique Guzmán, César Costa), representada en Colombia por el *Club del Clan*. Y se inicia, claro, el triunfal dominio de Los Beatles. El ambiente huele a *Rock*, *Balada* y “Mary Jane”. No olvidar a Charles Aznavour, que cruza sin problemas la línea de los 70 y se encuentra al otro lado con Serrat, la Canción Protesta y una larga fila de *Cantautores*, cuyo más conocido émulo colombiano es el eterno Leonardo.

L.: —No hay mal que dure cien años. Pero debo decirte, con pena por tu “ego”, que conozco muchos de los nombres que mencionaste.

D.: —Claro. Sucede que en Medellín las canciones no pasan. Este fenómeno, que imagino único en Latinoamérica, se ejemplifica en la radio. A algún investigador extranjero que quisiera averiguar el espectro musical de los paisas a lo largo de muchas décadas le bastaría un día, o a lo sumo dos, de paciente trasegar por el dial de nuestras emisoras, para escucharlo “todo”. Desde Luis Ángel Mera hasta Ana Belén, desde “El camino del café” hasta el último alarido de Carlos Vives. Nuestra radio es un museo vivo y eterno. Incólume a las exclusiones que impone lo “actual”, vence con terquedad el olvido de los tiempos.

L.: —Una programación no heraclitana.

D.: —Creo que surge de allí la curiosa y también paisísima fauna de los “investigadores musicales”, que auscultan con empírico e incansable tesón cantores, orquestas, grabaciones, etc. Algunos son auténticos especialistas, y dedican sus desvelos, con ansia exhaustiva, a un único y mínimo palmo del vasto mapa de la música popular. Una noche oí por radio a un buen señor que llamó a una emisora para corregir algunas imprecisiones sobre Gustavo Quintero. Durante media hora enumeró fechas, discos, anécdotas y avatares del popular *Loco*, con una minuciosidad y exactitud que envidiaría el más sólido posgrado de investigación.

L.: —No estaría mal la *Cátedra Loco Quintero*. Al fin y al cabo es el cantante de Los Graduados.



Lo bueno, si breve (Refrán paisa)

DONATO: —Murió hace poco Jaime Trespalcios, uno de los últimos grandes de la vieja radio antioqueña.

LUCIANO: —Te recuerdo que ya hablamos de la radio. Por cierto, alguien más enterado escribió a *La Hoja*, jalándote las orejas.

D.: —Correré nuevos riesgos. Trespalcios hizo el papel de Peralta, en una estupenda adaptación radial del cuento de Carrasquilla (no ha sido la única), hecha por Ignacio Isaza allá por el año 47 o 48. De ahí surgió un excelente programa costumbrista (no existía aún la antioqueñidad), *Frutos de mi Tierra*, con historias o adaptaciones del mismo Isaza. Jaime Trespalcios hacía casi siempre el personaje central, con su bella voz y su auténtica gracia paisa. Y había siempre un narrador (una voz en *off*, si me permites el símil), papel que desempeñaba con lujo de competencia Rodrigo Correa Palacio (aún no afiliado a la antioqueñidad).

L.: —Mencionas en exceso esa palabra. *Man hurts what he loves*.

D.: —Volviendo a Trespalcios, es claro que actuaba también en muchos dramatizados de la época, fecunda en ese tipo de programación. A su lado brillaba con luz propia, entre otras, Carmencita Riera. No sé si los recuerdas a ambos en *El Taita*, un serial de la T.V.

L.: —Sí, y también lo recuerdo a él en una bella actuación (debo reconocerlo) en *La Casa de las dos Palmas*. Por cierto, un papel dramático.

D.: —Así es. Trespalcios, como muchos de ese momento de nuestra radio, sabía hacer de todo. Un actor integral, como dicen y exigen ahora. Creo que hasta cantaba un poco.

L.: —El Aura Cristina Geithner de la época.

D.: —Todos los obituarios mencionaron —y el hecho es interesante— su papel de “Serapio”, en los lejanos y frescos comienzos de *El café de Montecristo*. Una excelente tropa acompañaba allí las andanzas de *Monte: Tínguaro*, por ejemplo (Octavio Tobón) o *Salmoyedo* (Otto Trespalacios, hermano de Jaime). Pero Serapio era apenas un acento, una pincelada diaria. Irrumpía de improviso en el escenario del radioteatro (el programa se hacía en vivo, y creo que aún se hace), y de inmediato preguntaba por su mujer, Esperanza. ¿Alguien la había visto? Nadie la había visto, ni la vio nunca. Serapio salía desolado murmurando entre un coro de risas: “¿Dónde estará Esperanza?”. Y de algún modo todo el programa se apoyaba en ese fugaz instante, que todos esperábamos con impaciencia. Después, y gracias a los aplausos que despertaba el personaje, los libretistas le dieron mayor protagonismo. Y mataron la gallina de los huevos de oro, por así decirlo. Serapio se diluyó en palabras vanas.

L.: —*Le silence est d'or*.

D.: —No sé por qué, esa imagen de Serapio y su melancólica evolución me traen a la mente a Tola y Maruja, tentadas ahora de culpables liviandades. A mi juicio al menos, su fuerza radica en la sobriedad (de lenguaje y tiempo), que hace de ellas una linda pareja, fina y popular a la vez, como debe ser. Un rico filón de humor paisa, libre de esa antioqueñidad a la que ahora, según parece, quieren apelar.

L.: —Te lo repito: tu obsesión por ese término es sospechoso. *There is something fishy in Denmark*.

D.: —Utiliza nuestro refranero, si no te molesta. Es más antioqueño.

*
Lecturas inocentes

DONATO: —No creo que muchas personas conserven sus libros de infancia y adolescencia. Como tantas cosas de esos años (juguetes, objetos, láminas o afiches, *souvenirs*), nuestros primeros libros van desapareciendo misteriosamente, por desinterés, por falta de espacio, mudanzas, etc. O quizás porque algún diablillo doméstico los devora poco a poco, los hace naufragar en un melancólico limbo de olvido, de herrumbre (sic), de indiferencia.

LUCIANO: —No sé si en esa poética lista te queda algún espacio para las polillas.

D.: —Alguna vez, ya mayor de edad, advertí (o mejor, tuve conciencia del asunto) que aún vagaban por los rincones de nuestra casa algunos de esos libros vagamente recordados. No muchos, valga la verdad, y la mayoría más que maltrechos. Decidí conservarlos, jamás me arrepentí de hacerlo, y hasta hoy ocupan un espacio en mis precarios anaqueles. A veces abro alguno (por curiosidad o sano propósito de relectura) y encuentro con placer en sus páginas parte de su añosa magia. Una magia distinta a la primera, sin duda, porque no en vano nos roba el tiempo la inocencia.

L.: —Te estás poniendo cursivamente nostálgico.

D.: —Acepto la acusación. Pero mi nostalgia, culpable o no, no puede compararse a la de un desconocido que llegó hace años a mi oficina, informado por un amigo común de mis manías puerilibrescas. Supo por ese amigo que yo conservaba unos pocos tomos de la serie *Hombres Audaces*, jugosos relatos de aventuras que mi generación leía a hurtadillas en las aulas del colegio. Ese buen señor andaba, de Herodes a Pilatos, tratando de recuperar aquellos libros de su infancia. Me mencionó con avidez algunos títulos que no había logrado encontrar, y decidí

regalarle uno o dos que por casualidad rondaban en mi mermada colección. No sé qué clase de recuerdos lo impulsaban con tanto empeño a recobrar esos solos y específicos libros, pero me confesó, tras recibir el obsequio, que su intención no era releerlos, sino apenas tenerlos. Como quien dice, *Ad perpetuam rei memoria*, que significa, como ignoras, “para perpetuar el recuerdo de la cosa”.

L.: —Te agradezco la cita. Pero no retiro la acusación. Aunque siento cierta curiosidad por saber qué se leía en tus remotos tiempos.

D.: —Títulos y autores que no son ya de recibo, aunque algunos, muy pocos, sobreviven. Te cito varios al azar: Zenaide Fleuriot, Ponson du Terrail, la Condesa de Sègur (por ahí anda una hermosa amiga mía traduciendo una novela suya, para próxima edición), Edmundo de Amicis, Constancio C. Vigil... No te asustes demasiado: también leíamos a Julio Verne y a Emilio Salgari, a Stevenson y a Mark Twain. Y, *last but not least*, a mi siempre admirado Monteiro Lobato, autor brasilero que no ha vuelto a editarse en español desde esos años, pero que sigue vivo y actual en las librerías de su país. Alguna vez te hablaré con más calma de él.

L.: —No es necesario. Es uno de tus pocos temas.

D.: —Un último recuerdo para una inolvidable colección de libritos mínimos, que se vendían en grupos de diez a doce, agrupados en pequeñas cajitas de lata. Me refiero a los libros españoles de Calleja (no conservo ninguno, por desgracia), y para darte una idea de su difusión en todo el ámbito hispano, te cito una frase de Eduardo Haro Tecglen, escritor español que los evoca en el Madrid republicano de los años treinta, y habla de aquellos “libritos, casi cuadernillos diminutos”. Y añade: “*Sabe más que Calleja*, era una frase que aún subsiste: se suponía que el editor Calleja era el que sabía todo lo que publicaba”. De los muchos relatos que leí en esa colección, recuerdo confusamente una historia de Pinocho (¿acaso un resumen de Collodi?) que me mostraba, a cambio del Pinocho de Disney, único para mí “real” en esa época, a una criatura mucho más melancólica y sombría, casi con ribetes de crueldad. Tal vez esa lectura fue para mí, de algún modo, el comienzo del fin de la inocencia.

L.: —Tomo de tu última frase la palabra fin. Has hablado demasiado. Y si no te opones, *nunc est bibendum*, que significa, como ignoras pero practicas, “ahora hay que beber”. También yo puedo robar citas del Larousse.

*
La educación sentimental

DONATO: —Hice mis años de primaria en el Ateneo Antioqueño, un colegio —vieja residencia acondicionada para el efecto— situado en El Palo, exactamente al frente del actual Colombo Americano. Pasé allí cinco años, de los que me quedan algunas fieles amistades y no demasiados recuerdos.

LUCIANO: —La velada será corta. Un brindis por tu escasa memoria.

D.: —Culpa mía, claro, no de mis santos maestros, pero la verdad es que si algo aprendí a valorar allí fue precisamente lo que se nos prohibía. Como he sido siempre gente de paz, esa inconsciente filosofía de la educación se centró en mi caso en *Pif Paf*, revista argentina que representó para mi generación el paraíso de los *cómics*. Por sus páginas mal impresas desfilaban Supermán, El Fantasma, Lil Abner, Mandrake, Batman y otros mil personajes adorables. Cuando el maestro sorprendía a algún alumno leyendo (o simplemente portando) el *Pif-Paf* de esa semana, le decomisaba al punto la revista, y la rasgaba ostentosamente delante de toda la clase. O quizá a veces apenas la escondía, para leerla después a solas. ¿Por qué no? También algunos maestros tienen corazón.

L.: —Nada sé de esa revista, pero alcancé a conocer otra, también argentina: *El Billiken*.

D.: —*Billiken* nos era permitida, gracias a que incluía mucho material didáctico: crónicas históricas, cuadros de historia natural, etc. Las historietas (nombre antiguo de los *comics*), que también las había, quedaban diseminadas entre sus páginas, furtivas como broca al acecho, y por eso mismo más deleitosas. Vaya aquí un homenaje al autor de las carátulas de *Billiken*, Lino Palacio, creador a

su vez de famosos personajes del *comic* suramericano: Don Fulgencio, Ramona, Avivato. También del cono sur, chilena, era *El Peneca...*

L.: —Pura penetración cultural. Lee a Matelart.

D.: —Me reservaba la colombiana, *Michín*. No confundirla con otra de igual nombre, más antigua, de humor político y con dibujos de Rendón. La *Michín* nuestra era antioqueña, y se llamaba así por el nombre de su personaje central, un chico paisa de cabello hirsuto, cuyo autor por desgracia ignoro. Con esa revista sucedió algo curioso, tal vez único en ese tipo de publicaciones: un buen día la empresa decidió trasladarse con todos sus bártulos a Bogotá. Y ese hecho real fue reproducido en un episodio de la historieta, en el cual se narraba el viaje de Michín y sus padres, que se fueron a residir (tras un largo y emocionante viaje por tierra) a los fríos páramos capitalinos. Pero no le fueron muy bien esos aires a Michín (revista y niño), y cerca de un año después desaparecieron para siempre de nuestros pupitres escolares.

L.: —Empiezo a odiar tus moralejas regionales.

D.: —Te confieso, para terminar, que nunca abandoné —muy al contrario—, mi amor infantil por los *comics*. Es en mi opinión un género totalmente válido, lleno de posibilidades y sorpresas, tan rico de historia, o casi, como su hermano gemelo, el cine. Nacieron al tiempo, marchando de la mano han atestiguado las evoluciones de este siglo. También el *comic* es una fábrica de sueños.

L.: —Ya que mencionas la palabra sueños, hay ahora un programa en la TV que te ofrece la posibilidad de cumplir los tuyos.

D.: —Lo sé, ya me inscribí. Estoy en lista. Mi sueño es conocer personalmente al Fantasma. Pero exijo que la cita sea en La Cueva de la Calavera. No quiero perder esa media hora hablando con Luaga.

*
Los usos de la madera

DONATO: —De muchas cosas que nos gustan nos da el cine la primera imagen. Algunos, incluso, deciden su futuro oficio gracias a las seducciones de la pantalla de plata.

LUCIANO: —No es tu caso, supongo. Nunca has tenido futuro.

D.: —Bueno, yo me refería a cosas menos radicales. Concretamente a las marionetas, un arte que admiro y que envidio. La primera que vi fue Pinocho, el de Disney, animado por los hilos de Geppetto en su maravilloso taller de muñecos. Nunca le perdoné a Disney (o a Collodi) que lo hubiera convertido en un niño de carne y hueso.

L.: —Se lo merecía por mentiroso.

D.: —No era frecuente en el Medellín de esa época un espectáculo de marionetas. Ni en el de hoy, por supuesto, donde sí abundan grupos de sus nobles hermanos, los títeres. Por allá en el 53 o 54 nos visitó la compañía de Los Puppi, italiana, creo, o argentina. Su visita coincidió con una larga temporada de teatro en el Junín, por lo cual Los Puppi debieron buscar a toda prisa un nuevo acomodo. Lo hallaron en Guayaquil, en el pequeño y no muy santo teatro Granada. No sé por qué ese recinto escondía, detrás de su pantalla de cine, un escenario. Dato curioso cuya solución dejo a los historiadores. Y es otro dato curioso el que, terminando ya su breve estadía, el Junín “quedara libre”, y Los Puppi pudieran dar sus últimas funciones en el centro. Por cierto que a raíz de esa temporada los mayores evocaban con nostalgia a Los Píccoli de Podreca, legendaria *troupe* italiana de marionetas que había estado aquí veinte años antes. Pude verla poco después, de nuevo gracias al cine, en una película argentina llamada *Donde mueren*

las palabras, melodrama no lejano a *El fantasma de la Ópera*, y cuyo principal protagonista es “El gran Teatro”, que es como los viejos y orgullosos porteños llamaban al Colón.

L.:—Antes del cinco cero.

D.:—En fin, parece que el destino de los grupos de marionetas que nos visitan es el de actuar en espacios pequeños. Uno admirable, tan pequeño como el lugar que ocupó, vi (años sesenta) en el auditorio de Medicina. La compañía (la parte humana, claro) constaba en rigor de una sola persona. Un demiurgo alemán que, sobre el escenario desnudo, hacía vivir con increíble veracidad a sus muñecos; debo decir, en honor a la verdad, que años después esa mínima tropa encontró más amplio público –no demasiado– en el Pablo Tobón.

L.:—El gran Teatro, si me permites la cuña.

D.:—En todo caso, es un hecho que estos nobles mimos de madera encuentran poco eco en la sensibilidad paisa. Una tarde del sesenta y tantos me topé de pronto en Sucre con un mínimo y extraño local, que ostentaba el nombre de “El Principito”. La vitrina exhibía una amplia muestra de juguetes, entre los cuales encontré viejos amigos de la infancia: trompos, catapilas, y el inolvidable maromero de la escalera, que sube y baja sin descanso. Y por supuesto, títeres. Entré de inmediato, y pregunté al dependiente si allí vendían marionetas. Alzando a mí una cara bigotuda y soñolienta, de Gepetto sin gorra, el hombre me informó que no las había, aún, pero que las habría. Como comprenderás (en Medellín estamos), aquella insólita tienda tuvo muy corta vida. Y el sujeto sin gorra, llamado Jairo Aníbal Niño, se fue a Bogotá en busca de mejores aires.

L.:—Una pregunta, y perdona: ¿Qué diferencia hay entre títeres y marionetas?

D.:—Veo que no has cogido bien los hilos del asunto. Pide una media, que “Punch” paga.



La educación sentimental (dos)

DONATO: —Siempre he sospechado que el mejor método de enseñanza es el inverso. Se aprende más a contrapelo. Dicho de otro modo, no de la luz sino de las sombras de las aulas (y también de las penumbras, no hay que ponerse dramáticos), surgen las cosas que mejor (o menos mal) nos forman. Este preámbulo para hablarte otra vez del colegio de mi infancia, el Ateneo Antioqueño, por lo demás un buen colegio para esa época, según entiendo (su único rival de peso era el Jardín de Honor, ubicado en el barrio Prado). El Ateneo funcionaba (sí, también lo dije ya, pero nada quita que tengamos una renovación de lectores) en una casona amplia, acondicionada para sus nuevas funciones, que quedaba en El Palo, al frente del actual Colombo Americano. Albergue de niños ricos —algunos no tanto—, el colegio admitía también a unos cuantos pobres (muy temprano nos enseña la vida esas dos categorías); entre estos últimos recuerdo ahora a Iván y Hugo Chincowsky, hijos de un inmigrante ruso. Eran dos chicos grandotes, huraños y mal vestidos, torpes para el estudio y buenos para los puños, lenguaje que utilizaban con mayor frecuencia de lo debido; más de una vez el padre, enorme y tosco, debió acudir al colegio, para curiosidad y revuelo general, a escuchar las quejas que el rector le endilgaba acerca de la conducta de sus retoños. Confusamente entendía yo entonces, o intuía quizá, que los Chincowsky eran agresivos porque los segregaban, y que los segregaban por ser “extraños”: rusos, sucios, proletos, nunca aprendieron los códigos comunes, nadie les brindó camaradería, vegetaron siempre (no estuvieron allí mucho tiempo) en un *apartheid* infantil, tan amargo o más que los otros. A Iván le perdí la pista, de Hugo tuve pistas quince años después, cuando vi su foto en un periódico, ilustrando un suelto en donde se hablaba de sus actividades como novillero por los pueblos

de Antioquia. Se hacía anunciar como Hugo Chincowsky, el Torero Ruso. Muy poco duró en ese oficio, a pesar del exotismo de su *slogan*.

LUCIANO: —Para ser buen torero hay que ser antioqueño de pura cepa. Pregúntele a *Dinastía*.

D.: —Resumiendo, en el Ateneo vi por primera vez, en su versión menuda, algunos arquetipos de la comedia humana: el lambón, el soplón, el hipócrita, el “buen estudiante” o “niño bueno”, este último con su común secuela de aduaciones y claudicaciones. En otra ocasión, tal vez, te narraré uno o dos episodios alusivos a esas faunas. Por ahora prefiero evocar un episodio mínimo y fugaz, levemente simbólico quizá (no te rías), que por alguna razón se me quedó grabado en la memoria.

L.: —Te doy (no te rías) el beneficio de la duda.

D.: —Un día cualquiera (yo debía estar en 2° o 3° de primaria) nos convocó a todos el director: anunció que no se daría esa mañana la última clase, y en su lugar asistiríamos allí mismo a la presentación de unos artistas itinerantes, creo que argentinos. Se trataba de dos pintores acuarelistas, que despleaban sus caballetes, colores y trebejos al fondo del último patio. Se nos situó a una prudente distancia, y ante nuestros asombrados ojos fueron surgiendo como por arte de magia los rápidos y sucesivos motivos (paisajes, calles, animales) que los dos oficiantes recreaban con rara habilidad en sus papelotes. Solo al concluir la sesión pudimos acercarnos, y entonces comprobé decepcionado que, vistas de cerca, aquellas imágenes se diluían en trazos gruesos y burdos, poco menos que abstractos, y que solamente la lejanía lograba convertirlos en cosas bellas y reconocibles. Dicho en dos palabras, eran solo una ilusión, una magia vana y deletérea. Muchos años tardé en cambiar por admiración el rechazo que entonces sentí hacia aquellos que juzgué farsantes.

L.: —Ahora comprendo mejor tus balbuceos artísticos.

D.: —Creo de justicia una última mención a la zona de luz: las mañanas de los sábados, que nuestro profesor de tercer año dedicaba a la lectura de novelas. En voz alta, dos horas cada sábado, don Eduardo (¿o era don Enrique?) nos hacía olvidar con sus palabras el infinito tedio de las aulas. Nunca quise ver el filme *Ben Hur*, porque sabía que no podría competir en veracidad con el que me regalaron esas mañanas sabatinas.

L.: —Te envidio. Ya no dan matinales, y menos con Charlton Heston (¿o será Ramón Novarro?).



La constipada de los siete velos

DONATO: —Entiendo que el arte de la declamación aún no ha muerto. Pero sospecho que da ya sus últimos aleteos.

LUCIANO: —No estés tan seguro, son aleteos de Ave Fénix.

D.: —Tal vez. Pero, en todo caso, es ya un oficio un poco oculto, reservado a cenáculos equívocos. Lo que hoy cuenta, gracias en parte a los Festivales de Poesía (tan amados por nuestro vecino Héctor Abad), es la lectura poética. Vale decir, el declamador *malgrè lui*. Creo que ya te mencioné alguna vez el recital que dio en el Pablo Tobón el poeta Evtuchenko. Un gran histrión, dicho sea de paso. Como es de suponer, decía sus poemas en ruso. Y luego los vertía al español Alberto Aguirre, cuya fama de recitador se remonta a la noche de los tiempos.

L.: —Todos recitamos en la edad primera.

D.: —Tú lo has dicho. En los colegios, así como había el futbolista estrella, a cuyo lado los demás éramos simple carne de banca, había también el recitador. Y no existía velada de fin de año sin su presencia, para envidia de las madres ajenas.

L.: —Pienso en la tuya. Un hijo sin voz ni gol.

D.: —Pero vuelvo a los profesionales. Actuaban con frecuencia en los viejos programas de radio, al lado de cantantes y orquestas. Allí inició su periplo Fausto Cabrera, a quien ni La Guardia Roja logró arrebatarle su numen. Recuerdo otro español, Manuel Benítez Carrasco, que recitaba sus propios poemas. Un habla-autor, diríamos hoy. Una variante era el “recitador gaucho”, cuyo repertorio abundaba en expresiones pamperas. El más famoso era *El Indio Duarte*, que hizo muchas temporadas en nuestra radio de los años cincuenta. Después mostró

otra especialidad, bien curiosa por cierto: hacedor de pesebres mecánicos. En la iglesia de Jesús Nazareno construyó varias veces uno, donde las aguas fluían y los pastores inclinaban sin descanso la cabeza.

L.: —Un pesebre con efectos mecánicos. Hoy sería pieza de museo. Apuesto a que tu indio volvió a la declamación.

D.: —Al menos, sembró la semilla indigenista. Tal vez recuerdes en nuestra televisión al Indio Rómulo, versión cundiboyacense de las pampas. Y en sana competencia con el recitador-indio, había (o hay) el recitador-negro, con un vocabulario rico en onomatopeyas, tambores, babalúes, etc. Pero nuestro recitador por excelencia fue Víctor Mallarino, padre, respuesta colombiana —y masculina— de Berta Singerman, la gran diva argentina, a quien amaron platónicamente varias generaciones de poetas.

L.: —Los caballeros las prefieren rubias.

D.: —Vi a Berta Singerman la última vez que estuvo aquí, en el Teatro Junín. Envuelta en velos, ya más que madura, me pareció tan conmovedoramente *demodé* como su arte, del cual fue suma sacerdotisa. No olvidaré lo mejor de su actuación: un momento en que, entre un suave rebullir de gasas, dio media vuelta en el escenario sin perder la armonía de sus movimientos. Un segundo después, cuando volvió a dar la cara a la platea, alcanzamos a percibir cómo, en último ademán, desaparecía entre los pliegues de su túnica un prosaico pañuelo. El aplauso fue inmediato, y unánime. Creo que haya sido la primera y última vez que un artista se suena ante el público con el íntimo pudor de una rima de Bécquer.

L.: —Ya no volverán las golondrinas. Pero me atrevo a dudar de tu última frase. Apuesto a que Ekhimosis también se suena.



Becaud de noche, Balzac de día

DONATO: —El Teatro Sinfonía solo asumió la X de su apellido a comienzos de los ochenta. Hace cerca de medio siglo se llamaba Salón España. Luego funcionó en ese local la Radio Sinfonía, y después, de nuevo convertido en cine, fue durante un buen tiempo un respetable teatro de reestreno, hasta que las actuales *hot girls* invadieron su sucia pantalla.

LUCIANO: —Ahora, supongo, empieza la parte emocionante de tu relato.

D.: —No, empieza un paneo. Te mencioné el teatro para ubicar los dos locales que lo flanqueaban en su “edad de la inocencia”. El bar *Noches de Barú*, hacia Caracas, y una modesta cantina al lado opuesto. El primero, fiel a su nombre, era un sitio nocturno, frecuentado por estudiantes y profesionales jóvenes. Aparte de licores, ofrecía algunos platos (carta escasa y mediocre), y un ambiente más que penumbroso, donde flotaban canciones en varios idiomas, entre ellos el francés de Charles Aznavour y Gillbert Becaud, el inglés de Frank Sinatra, el italiano de Nicola Di Bari, el español de Serrat, y hasta el siniestro mexicano de Cuco Sánchez. Por esas y otras razones, muchos de los habituales del Barú le encontrábamos, sin demasiada convicción, un aire vagamente cosmopolita, y la mención de la *Place Rouge en Nathalie* nos ponía ante los ojos una cortina de nieve.

L.: —Cortina que no has corrido, a menos que te tocara la buena época del Ruiz.

D.: —La cantina que te mencioné, en cambio, era ese típico bar nuestro, desprovisto de atributos. Una barra estrecha, unas cuantas mesas desnudas, tinto, gaseosas, aguardiente... Solo la recuerdo por dos mínimos episodios, con los que te aburriré el menor tiempo posible. Uno es la tarde en que un amigo y yo,

invitados a unas copas por un ciego, lo abrumamos a insultos, que el dueño del lugar (vacío a esa hora) oía espantado. Mitigaré tu desprecio el hecho de saber que el ciego nos lo agradeció, y que nos invitó encantado a su casa, donde la desigual batalla se trocó en amistosa charla.

L.: —Ojos que no ven...

D.: —Del segundo episodio fui apenas observador, y conmigo otro amigo, experto en “ver agonías”, como decía Fernando González. En una mesa cercana, un hombre viejo gritaba violentos improperios (pensarás, fiel a la estadística, que el lugar invitaba a tales actividades) a otro más joven, que lo escuchaba en respetuoso silencio. Pronto descubrimos que se trataba de un dinero pedido por el joven al otro, y que aquella furiosa respuesta tenía todas las trazas del reproche amargo que hace un padre a su hijo calavera. En algún momento, el hijo en cuestión pareció comprender que su contricción filial no tendría feliz consecuencia pecuniaria. “Ya sabe que el viejo no le va a aflojar un centavo”, me susurró mi amigo. “Verás lo que va pasar”. Y pasó, en efecto, que el agraviado, perdida toda esperanza en su sablazo, abandonó su máscara de respeto y se desató en un vociferante caudal de injurias que hizo temblar las mesas, y que concluyó en la imagen patética de un padre que, padre al fin, trataba de dar marcha atrás, y de calmar en lo posible a su energúmeno vástago. La comedia humana en versión literal, que diría alguien.

No volví a ver al viejo, pero sí al otro, al que he sorprendido un par de veces, en exposiciones o en eventos varios, desplegando un impecable repertorio de simpatía y buenas maneras.

L.: —Luz en la calle, oscuridad en el bar. Tú, al menos, no alumbras en la calle. Y lo del ciego, te salió por un ojo. En versión literal.

*
Toreros de antier, o menos

DONATO:—Un amigo mío, amable asesor y censor de estas crónicas, me señala la que a su juicio es una omisión culpable en la última de ellas: otro bar que existió en Sucre, aledaño a los allí mencionados. Se trata del *Cico Bar*, que mi amigo y yo frecuentábamos a comienzos de los sesenta, y cuyo dueño aún vive, en olor de vejez y digna pobreza, a pocos pasos de este *Su desayuno*, donde ahora mismo dialogamos.

LUCIANO:—Monologamos, dirás. Tampoco eres bueno para títulos.

D.:—*Cico* Rojas, de quien te hablo, había sido torero en los duros años de nuestra vieja guardia taurina. Aparte de los pueblos, debió pisar sin duda el coso del proteico “Circo España”, y creo que alcanzó a actuar, como subalterno, en los primeros tiempos de La Macarena. Cico era corpulento, con fuertes brazos y muñecas de albañil; o mejor aún, de ebanista, su oficio “real”, pues del toreo a la criolla pocos podían vivir por aquellas épocas, y ejercerlo era por excelencia un impulso de aventureros, una respuesta a esa cosa bella y esencial al *argot* taurino que llaman “afición”.

L.:—Comprendo que incluyas Afición en un *argot*. Es la primera vez que oigo decir una palabra entre comillas.

D.:—Como torero, casi sobra decirlo, Cico era basto, macizo, sin “ángel”. Por lo demás, dadas las reses y el público, no eran tiempos demasiado propicios a florituras, pero se dice que la robustez de sus manos y muñecas hacían de él un eficazísimo ejecutante de la suerte suprema, que suplía con fuerza y empuje la falta de arte y de ortodoxia. En su bar, ya Cico vivía de recuerdos, evocaba sus hazañas taurinas, y las de sus contemporáneos. Pero no olvidaba su otro oficio,

y en la trastienda tenía bien montado y a punto su taller de ebanista, muy acreditado, dígame de paso. Por asociación se me viene a la mente otro torero artesano, *Galarza*, (varios hubo, como el primer *Aranguito*, también ebanista, que no cabe en esta crónica, pues merece muchísimo más que una línea), con sastrería en los altos del periódico *El Diario* –Palacé con Maracaibo–, que invertía parte de su tiempo en remendar los trajes de luces de sus colegas en el arte de Cúchares.

L.: —No sé qué arte sea ése. Pero mi paciencia se agota.

D.: —Una última mención, ya que el tema y su reciente muerte la propician, para Luis Miguel Dominguín. Como tal vez sabes, vivió parte de su niñez y juventud aquí en Colombia. Él y los suyos –sus padres, hermanos y hermanas– se movían aquí como pez en el agua, y él por sí solo llegó a crear, o casi (tal como afirmó en su página taurina Jorge Vega Bustamante), toda una generación de aficionados paisas. Lo vi torear varias veces, y te confieso que, a mi juicio, por razones que no me atrevo a explayar ante tu paciencia agotada (su sabiduría, su saber estar en el ruedo, esa especie de desenfado que ocultaba un tesón de hierro, su constante diálogo con el público), el espectáculo que brindaba no ha vuelto jamás a repetirse. Un dato final, para satisfacción de tu orgullo paisa. Se dice que sus muchas hazañas en el lecho –profusamente evocadas en los obituarios que le dedicó la prensa– comenzaron en Medellín. Dicho de otro modo, que muy joven aún tuvo aquí –no quiero herir tus oídos– “su iniciación”. El episodio, algo picaresco, lo cuenta en sus memorias Pepe Dominguín, hermano mayor de Luis Miguel. Este Pepe fue por cierto un torero mediocre, de corta estadía en los ruedos. Pero siempre se le alabaron sus dotes de excelente rehiletero.

L.: —Aunque tampoco sé qué es “rehiletero”, te perdono la aclaración del término. Para no herir mis oídos.

*
Oficios en prosa y verso

DONATO: —Hay entre nosotros oficios o actividades que han desaparecido para siempre, o están en trance de hacerlo. Hace poco, en un programa radial de la noche (horario que brinda a veces agradables sorpresas, aunque no carece de rutinas, entre ellas la recurrencia periódica a la llamada “franja lunática”, tan poblada de extraterrestres, parapsicologías, regresiones y otros fantasmas), se recordaban algunos. Entre ellos el del afilador, que en Medellín era un español, gallego creo —no sé si habría otros, pero ese fue siempre en mi época el de los barrios del centro—, que se anunciaba haciendo sonar en su flautín una melodía, quizá común a los de su oficio, pues es la misma que se escucha en el viejo *Afilador* que canta Agustín Magaldi. Hoy no existen afiladores, porque no se afilan ya cuchillos. Los venden cortantes para siempre. Al menos, los de cocina.

LUCIANO: —Al menos. En cuanto a los otros, espero que me atraquen con uno romo.

D.: —Otro oficio que evocaban en la radio, y que no me tocó, era el de inspector escolar. Según entiendo, vigilaba las *fugas, novillos o rabonas* (sinónimos todos de un dulce hábito colegial, quizá también desaparecido) de los chicos. El único inspector escolar que conocí fue el que acechaba, siempre sin éxito, las escapadas de *Tobi* y sus secuaces, en las páginas inolvidables de *La Pequeña Lulú*. Pero ésa es otra historia, a la que volveremos algún día.

L.: —Tienes razón en una cosa: los chicos de hoy no se fugan del colegio. Por alguna razón, les gusta. Cosas del posmodernismo.

D.: —En fin, menciono a vuelapluma otros personajes desaparecidos: la cajonera, con su tienda ambulante de parva en la cabeza. El vendedor, también ambulante,

de géneros. El hombre del carrito que ofrecía mamoncillos. Y otro, entrañable, al menos para mí; el voceador de periódicos, casi siempre un niño, que recorría las calles pregonando las noticias más destacadas del día. Un publicista *avant la lettre* y empírico, con algo de símbolo ciudadano impensable ya en los dominios etéreos de la Internet.

L.: —Tan impensables como tú. Apuesto a que fuiste un *canillita* en tu penúltima regresión.

D.: —Dejo para el final dos. Uno más obsoleto que el otro. Primero, el recitador, figura más que frecuente en las antiguas tertulias de cafés, bares, o reuniones familiares. Este sujeto —a veces más de uno por tertulia— se sabía de memoria largas tiradas de versos de poetas de moda, donde solía incluirse él mismo, y ejercía su *hobby* parlante ante el beneplácito (al parecer sincero) de sus amigos. Otros tiempos. El último de su especie era Luis Fernando Calderón, quien gracias a las sólidas amenazas de sus amigos, ha optado por silenciar su numen recitativo.

L.: —No estés tan confiado. Vaca ladrona (lo digo con todo respeto) no olvida portillo.

D.: —Segundo, y por último: sobrevive aún, espero que malamente, la especie de los contadores de chistes. No hablo de ése (el que esté libre de culpa...) que suelta a veces en mesa de amigos el último chiste, que todos hemos oído ya, tal vez por años, pero del que nos reímos con forzada cortesía. Hablo del profesional, por así decirlo, cuya presencia en una reunión lleva implícito un infinito rosario de chascarrillos, buenos, regulares o malos, según el caso y la gracia del contador, pero al final y fatalmente tan pesado como una losa. Algunos cuentachistes domésticos llevan siempre una libreta en el bolsillo, especie de diccionario resumido de sus historias, y ay, del momento en que, con una amplia sonrisa, muestran sus armas y abren su *vademécum*, sin importarles una higa nuestra desesperación. Queda más de uno, Luciano. De esos huéspedes, como de los que saben tocar guitarra (y la llevan a nuestra sala) líbranos Señor.

L.: —Me dejas mudo. Como un homenaje al delicado poeta Iván Hernández, quien lee con éxtasis franciscano estas crónicas, te contesto con una sola palabra: Ajá.

*
Entre duendes y sátiros

DONATO: —Te hablé en el anterior diálogo del antiguo voceador de prensa, publicista empírico y ambulante. Pero se me quedó en el tintero otro ilustre predecesor paisa (con nombre propio esta vez, pues alguno debió tener) de los actuales “creativos”. El vendedor callejero de los “quesitos de la Casa Mincho”, al que, estos seguro, ninguno de mi generación ha olvidado. Era un hombrecito menudo, de atavío más que humilde y aspecto de duende, que recorría las calles pregonando a voz en cuello el producto que cargaba en un cesto, con una larga y monótona melopea mediante la cual informaba a su posible clientela de paseantes y amas de casa las excelencias de su mercancía, solicitada en los más exclusivos centros del mundo, y alimento preferido de reyes y presidentes. Tal desaforo de elogios para un humilde y paisísimo quesito no está muy lejos, como puedes ver, de los *slogans* que hoy nos asaltan los oídos, ojos y bolsillo. *Mincho* —como todos le decían, dándole el nombre de la desconocida casa productora que representaba— fue un auténtico precursor.

LUCIANO: —Tal vez incluía bonos con mitades de carros dentro de las hojas de bijao.

D.: —Ya a comienzos de los setenta, y siguiendo con los “charlistas” de la calle, recuerdo uno que ofició durante varios años por Junín y otras calles y parques cercanos. Peludo y desgredado (nada extraño en esa época de amor y canabis), se vestía con una larga cobija libre de jabón, a modo de manto que le arrastraba por el suelo. En contraste con *Mincho*, su arte era gratuito y desinteresado. A veces lo ejercía pronunciando largas parrafadas de supuestos o reales programas de radio, sin descuidar las franjas de “comerciales”. Pero su fuerte eran los discursos

de tema religioso, abundantes en citas, nombres de santos y papas, reflexiones propias y ajenas de índole moral. Era un loco, sin duda, pero lo que decía era cuerdo y sensato, o en todo caso no menos coherente que lo que sale de algunos púlpitos. Y expresado además con un lenguaje de impecable corrección. En algún seminario o convento, supongo, se le debió secar el cerebro a este eremita del arroyo.

L.: —Algún irreverente, y no faltan, se atrevería a decir que no es el único.

D.: —Dejo para el final los tonos sombríos. En los años cuarenta un asesino desconocido sembró el pánico en las zonas aledañas a la laguna de Guarne, por entonces un lugar apacible de recreo para viajeros y turistas medellinenses. Sus crímenes, terribles y recurrentes, le valieron el mote de *El sátiro de la laguna*. Agrego que para mí, un niño en esa época, aquel personaje fue durante meses un motivo de secreto terror. Todo porque en alguna foto de prensa de un supuesto sospechoso creí reconocer las facciones del repartidor que llevaba la carne a nuestra casa (otro oficio ya perdido), un pacífico sujeto, sin duda, que unía a su real o imaginado parecido con el sospechoso una acusadora mancha blancuzca que le surcaba la mejilla. Yo temblaba al verlo llegar a la puerta. No sé cuánto tiempo duró mi zozobra, pero sé, y no alcanzo a explicarme las razones, que nunca confesé mis temores a mis padres.

L.: —Tal vez por prudencia. Apuesto a que hay algún caratejo en tu familia.

D.: —Murmuraciones anónimas pusieron nombre, o al menos un apellido de aristocrática familia paisa al elusivo personaje. Con lo cual repetían, sin saberlo (tema para sociólogos, politólogos, o freudianos), la misma actitud popular que atribuyó en su tiempo a un alto miembro de la familia real inglesa los crímenes y oculta personalidad del famoso Jack, *el Destripador*. Como su ancestro británico, nuestro criollo asesino quedó para siempre anónimo, carne fantasmal de consejas y fabulaciones. Pero, a diferencia de Jack, no ha inspirado películas y libros que alimenten su leyenda, y por eso se ha ido borrando de la memoria colectiva.

L.: —Lo único que ha logrado inspirar es esta crónica. Algo va de *Buckingham Palace* a *Su Desayuno*.

*
Boite interruptus

DONATO: —El viejo Tránsito de Medellín era un enorme caserón de esquina (o mejor, dos o tres ensamblados), con accesos por Girardot y Pichincha. Un poco de imaginación te permitirá recrear aquel caótico laberinto de pasillos, piezas oscuras, funcionarios, público, repiqueteos de ancianas máquinas de escribir. Un escenario kafkiano en pura versión criolla, al que no faltaba un sombrío salón de detenidos en el que alguna vez pasé una noche, gracias a una infausta combinación de tragos propios y carro paterno.

LUCIANO: —Tu actual estado peatonal indica bien a las claras cómo resolviste el dilema.

D.: —Pero no es aquel viejo Tránsito mi tema de hoy, sino el Instituto de Estudios Generales de la U. de A. (primera época), que se instaló en esos predios a partir de su creación, en 1966. A pesar de las obvias reformas que su nuevo destino exigió, el lugar conservó para siempre (un siempre efímero) su aspecto desvencijado y sus infinitos meandros, llenos de recodos imprevistos, de corredores ondulantes, de espacios tan precarios como antifuncionales. Pero el IEG era una fiesta, o en todo caso lo parecía. Al menos, así lo consagra mi recuerdo, y no solo el mío. Muchos que por allí pasaron comparten esa opinión.

L.: —Mal de muchos, consuelo de muchos.

D.: —No. El IEG fue en esa época un ensayo educativo válido y ambicioso. Sus naturales imperfecciones eran suplidas por el entusiasmo sincero de quienes querían sacarlo adelante. Empezando por su decano, Antonio Mesa Jaramillo, quien quiso desarrollar allí sus anteriores intentos en la Facultad de Arquitectura de la UPB. Los estudiantes entendieron y aprendieron ese nuevo estilo de libertad,

de diálogo, de búsqueda. Y un cierto aire de amateurismo bien entendido, que hacía fruncir el ceño a los viejos carcamales de la docencia, no del todo ausentes, por desgracia, de aquel proceso.

L.: —Los ancianos de la tribu. Que no te oigan los wuayúes.

D.: —Ciertas críticas —omito otras— llegaron a lo pintoresco. A oídos del decano llegaron por ejemplo rumores de que, según algunas voces anónimas, la enorme cafetería del Instituto se asemejaba más de lo debido a una *boite*. Supongo que por el humo (humo, a secas: aún fumar no era perseguido por las buenas costumbres), y por la música que animaba el ambiente. El Dr. Mesa opinó al saberlo que, a su juicio, aquella *boite* no planeada podía ser una estupenda alternativa universitaria. Por supuesto, lo era.

L.: —Filosofía del mostrador.

D.: —Como esperas siempre una anécdota, aquí te va esta, quizá significativa: por un tiempo funcionó allí, en un minúsculo recinto, la emisora de la universidad. Su director era un hombre grave, de aire solitario y lengua un poco mordaz, que se mostraba ajeno a aquel entorno. En parte por eso, supongo, algunos “oscuros funcionarios” empezaron a mirar con malos ojos las largas horas que el director pasaba a puerta cerrada con su secretaria. Enterado del asunto, el sospechoso se limitó a decir, con toda flema, que tanto él como su empleada eran mayores de edad y, por lo tanto, dueños legales de sus cuerpos. Y que cualquier queja en su contra debería circunscribirse al posible mal desempeño de sus funciones. No olvido esa frase que desdeñaba olímpicamente protestas de inocencia, y menos hoy, cuando tales protestas están a la orden del día.

L.: —El que grita otorga.

D.: —Por supuesto, no duró mucho en su cargo. Ni tampoco Mesa Jaramillo: también él sucumbió a las intrigas de los oscuros funcionarios. Pero ésa es otra historia, nada grata, que dejó tristes enseñanzas a más de un hombre de buena fe. No quiero hablar ahora de ella.

L.: —La enseñanza es triste. Hay cosas que es mejor ignorar.



Belmonte en La Madrileña (y Arturito)

DONATO:—Alguna vez te hablé de pasada de *La Madrileña*, ese reducto taurino levantado a base de churros hacia el año setenta por don Pedro y doña Sili, honrados inmigrantes y futuros indianos. Ocupó en principio un estrecho local del hotel Europa; luego se mudó, con bolera incluida, al lado de *Versalles* y por último, ya con su enseña definitiva de *Tasca Taurina*, ocupó por muchos años el local contiguo. Aquí entre nos, sospecho que al don Pedro inicial le importaban una higa los toros. Pero muy pronto debió aprender las apremiantes exigencias taurinas de su nacionalidad, imperiosas para cualquier ibérico que pise tierras americanas en plan de conquista o digna permanencia, con la posible excepción de don Juan de Garganta.

LUCIANO:—Si conviertes los churros en churrascos, y los toros en tangos, tendrás un buen retrato de futbolista del DIM en vísperas de montar local.

D.:—El hecho es que *La Madrileña* abrió sus puertas en el momento justo. Siempre concurrida, muy pronto debió ampliarse. Tenía una larga barra con “tapas”, mesas en hilera y una acogedora antesala. Luego, tras la ampliación, los fondos se convirtieron en un pequeño ruedo, simbólico claro está, circundado por mesas y rematado por un mínimo escenario, desde el cual Carlos Redondo llenaba de pasodobles las noches de feria.

L.:—Solo faltan Rafael Vázquez y García Lorca para tener una visión completa de España.

D.:—Rafael, al menos, no faltaba. Y muchos otros ilustres taurófilos: los Vega, los Aranguito y Loperita, los Ramones Ospina; más una nutrida cuota de

anónimos, como el que te habla, que consumíamos a manos llenas jamón serrano y aguardiente, y firmábamos con entusiasmo los pacientes vales de don Pedro.

L.: —Exceso de paciencia, por lo menos en un caso; conozco tu limbo de vales en hibernación.

D.: —Aparte de don Pedro y doña Sili, siempre amables, La Madrileña tenía un ángel tutelar: Arturito, el jefe de meseros, que aún hoy, incólume a los años, pasea su menuda bonhomía por estas calles de Dios. De él podría contarte muchas anécdotas, si el espacio lo permitiera; como no es el caso, solo te menciono la ocasión en que algún asiduo de la tasca, sabedor de los muchos problemas familiares y económicos que Arturito cargaba de modo habitual, le preguntó cómo lograba mantenerse siempre risueño y animoso; la respuesta de Arturito fue, paradójicamente, digna del mejor filósofo: “No pensando mucho”.

L.: —Algo, al menos, aprendiste de él.

D.: —Arturito se parecía a Woodstock, el amigo de Snoopy; de hecho, Amílkar U. (no te asombres: más de un nadaísta frecuentaba *La Madrileña*) lo llamaba “Pajarito”. Grato a todos, simple y dulce como ese remoquete, tenía el don de saber escuchar y, quizá, de hablar; *vox populi*, que dicen. Más de una vez lo sorprendí en íntimo palique con “Rubayata”, el famoso escritor, panfletista y periodista, padre por cierto del no menos famoso Juan Manuel Roca, que le salió, dígame de paso, antiitaurino y poeta.

L.: —Le faltó oír la voz del pueblo.

D.: —En fin: en *La Madrileña* se ejemplificaba eso que Diaz Cañabete llamó “El planeta de los toros”, vale decir el diálogo eterno y atemporal alrededor de un tema variadísimo y en el fondo único que, a fuerza de repetirse, jamás se agota. Solo alguien ajeno del todo a ese planeta podría juzgarlo monótono. Una vez, tras vivir un año en Brasil (país donde una *corrida* es asunto de Fórmula 1), volví una noche a *La Madrileña*. Allí estaban Aranguito, Loperita y otros cofrades discutiendo animadamente acerca de la famosa faena de Juan Belmonte en el Madrid de 1917.

L.: —Nada sé del tal Belmonte. Pero con gusto te discutiría sobre el último choque de Roberto Guerrero.



Columnas breves



El viento sopla dondequiera

El Espíritu sopla dondequiera, dice el Evangelio. Hace treinta años sopló en el arquitecto Ariel Escobar, y del soplo nació un libro, muy precariamente divulgado, que apenas hoy viene a caer en mis manos. Ariel acostumbraba tomarse unos aguardientes sabatinos con el poeta Carlos Castro Saavedra. Conversador frondoso y elocuente, Ariel contaba a Castro historias y anécdotas de su pueblo, Riosucio. Un día Castro le dijo, palabra más, palabra menos: “Lástima que no seas escritor. De ahí podría salir un buen libro”. A Ariel le picó el gusanillo del reto implícito, y a su debido tiempo mostró al poeta unas páginas.

Este lo animó a continuar, y tal es el origen de *Historias del Viento en la Cordillera*, que se ha editado tres veces, y casi nadie conoce.

El libro es eso, relatos cortos de ese “pequeño mundo” que es un pueblo. Porque en un pueblo, ya se sabe, pasa de todo. Desfilan por allí campesinos, finqueros, curas, artesanos, maestros, indios, putas. La gran picaresca del mundo, que oscila entre la tragedia y la comedia, el drama, la risa, la muerte. En manos de un amateur, tan graves asuntos darían pie, con alguna fortuna, para un libro divertido, y sospecho que fue eso lo que se propuso el autor al escribirlo. Pero lo que le salió de la mollera fue una obra redonda, llena de fuerza y color y gracia, y también de poesía. La obra de un gran escritor, seguro de sus armas, y con un sorprendente talento narrativo.

Sorprendente por lo escaso. Pero también por el hecho de que un hombre de 45 años no supiera que en él había un auténtico escritor, y que jamás hubiera sentido, al menos, la tentación de averiguarlo. Por lo demás, y es también sorprendente, después de aquello prefirió callar. Nunca más escribió nada. O tal

*

Crónicas

vez no supo lo que en realidad había escrito, y apenas ahora el interés tardío de algunos lectores lo lleva a sospecharlo.

Nunca es tarde. Rulfo escribió dos libros. Y, en muchas páginas de este, no resulta excesiva la comparación.

*



El viajero de La Ayurá

Hace poco se conmemoraron los cuarenta años de la muerte de Fernando González. Sus exégetas se prodigaron en elogios, sin duda más que merecidos. Ellos, los exégetas, han hecho de la casa de Otraparte un museo, adornado de fotos, documentos, muebles, retratos al óleo y bustos no demasiado felices, donde se hacen charlas, eventos, simposios. A veces pasan incluso videos, y hasta –pero esto tal vez es falso, o así quiero creerlo– se ofician recitales poéticos. Han convertido en un dios a aquel hombre que ordeñaba la vaca Paturra, que transitaba con su bastón las colinas de Envigado, que leía en voz alta, con embeleso y pésima dicción italiana, poemas de Carducci y de Leopardi, que casi estuvo a punto de callar cuando la muerte de un hijo lo sumió en un profundo desespero, y que resurgió, gracias al consuelo del tiempo y a las urgencias de una obra que sabía, aún, inconclusa. En fin. Estos exégetas hablan siempre del pensador, del “filósofo aficionado” (¿de veras era filósofo? ¿No lo era, como dice Gutiérrez Girardot, sí lo era, como refutan con elocuencia Alberto Aguirre, Alberto Restrepo, Ernesto Ochoa?), de su tremenda aventura vital, en busca perenne y agónica de la verdad y la belleza, las dos caras gemelas de la sed que preside su obra. Pero suelen olvidar al escritor, para mí tal vez (con don Tomás) el mejor de los colombianos, dueño de una prosa desnuda y jocunda, clásica y paisa a la vez, bella como la carne de una muchacha, implacable, certera como un estilete, desprovista siempre de retóricas. Una prosa que bordea también, a cada rato y como sin proponérselo, la más genuina poesía. Díganlo, entre tantas otras, las páginas de *Cartas a Estanislao* donde Jehová crea a Eva, cabe orillas de la Ayurá, de catorce años y medio. O el arrobado y nunciador encuentro con la belleza (en *El hermafrodita dormido*), en Roma, Museo Nacional, sala 18.

*

Crónicas

Un dato: Fernando González solía escribir sus libros, a mano, en sus famosas libretas de carnicero. Y casi nunca corregía lo escrito.

*



La herejía de leer

No deben saber las nuevas generaciones qué fue el Índice. Dicho con uno de sus nombres oficiales (tuvo varios), Index Librorum Prohibitorum. Bajo esa denominación se relacionaban los libros que la iglesia Católica prohibía leer a los fieles, por contener a su juicio herejías, deficiencias morales, sexo explícito o inexactitudes políticas, entre otros ítems. La Internet, que todo lo sabe y nada juzga, me ofrece más de cuatrocientas apretadas páginas de títulos, compilados desde 1559, año en que se dio forma oficial a la institución, hasta muy entrado el siglo xx. Dígase de paso: recuerdo aún una ya viejísima nota de prensa que anunciaba el ingreso al Índice de dos libros de don Miguel de Unamuno, creo que *La agonía del cristianismo* y *El sentimiento trágico de la vida*. Dos libros, debe decirse, publicados muchos años atrás. Sabemos que la iglesia marcha siempre a pasos lentos. Por cierto, esas obras del pensador y poeta vasco debieron ser casi las últimas en caer en esta nutrida caldera. El Índice daba ya sus últimos aleteos, como verá más adelante quien leyere. Bien es verdad que a lo largo de los siglos la Iglesia, mientras arrojaba libro tras libro a la hoguera de sus anatemas, concedía dispensas especiales para leer aquellas obras a personas que juzgaba doctrinalmente maduras, es decir, a salvo de cualquier peligro de desvíos ideológicos. Sospéchase también que, sin gozar de tal licencia, muchos buenos pero curiosos católicos se resignaban a la excomunión a cambio del gusto de leer, valga el ejemplo, a Voltaire, o a Balzac, o a Maeterlinck, o a Flaubert, o a Descartes, o al mismísimo Daniel Defoe. Toda prohibición es un estímulo, toda censura es una invitación. Así somos, por fortuna (es nuestra parte buena), y a veces hasta los propios catones llegan por fuerza a comprenderlo. El II Concilio

*

Crónicas

Vaticano (1969) acabó con el Índice, consciente de su irreversible decrepitud. Unamuno y sus miles de cofrades quedaron felizmente exonerados. Hoy por hoy, podemos leer sin temor de condenación *El código da Vinci*, de Dan Brown, o *El club Dumas*, de Pérez Reverte. Pero es pecado leer esos libros.

*



Un español de varios mundos

Todo buen cinéfilo recuerda la figura alta y nariguda de Fernando Fernán Gómez, el gran actor español. Muchos lo ubican también como un excelente director, pero sospecho que no tantos, por estas breñas, saben que es además un soberbio escritor, por cierto miembro de la Academia Española, donde comparte escaños con colegas tan importantes, entre otros, como Ana María Matute o Antonio Muñoz Molina. Fernán Gómez ha escrito cuentos, novelas, crónicas, obras de teatro, guiones radiales y cinematográficos. También una autobiografía, *El tiempo amarillo*, por desgracia ausente de nuestras librerías. Solo conozco tres libros suyos; una obra de teatro, *Las bicicletas son para el verano*, y dos novelas, *El viaje a ninguna parte* (ya mencionada en esta columnita) y *La Puerta del Sol*. *Las bicicletas...* (que ha recibido no sé cuántos premios, y fue llevada al cine por Jaime Chávarri, y vimos aquí gracias a El Subterráneo) es, para los que saben de esas cosas, un ejemplo de construcción dramática. Con excepción del prólogo y el epílogo, ocurre toda en un piso (como llaman los españoles un apartamento). En el primer acto los ocupantes, una familia modesta, oye por el radio la noticia de la insurrección del coronel Franco en Marruecos, que consideran una simple asonada. En el último, los Nacionales irrumpen en Madrid. La guerra es el telón de fondo, el telón de boca es ese piso que resume todos los de Madrid, todos los de España. La historia es dura, pero permite detalles solidarios y cálidos. Y el autor, que ha sido siempre un “rojo”, no mete baza, y entre bambalinas elige contamos el miedo, la incertidumbre, la fragilidad, la fraternidad. Y, como *leit motiv* esencial, la capacidad de supervivencia.

*

Crónicas

No queda casi espacio para hablar de *La Puerta del Sol*. Hernán Botero, lector emérito, dice que es como si hubieran resucitado Galdós y Baroja para escribir, a dos manos, esa crónica tremenda y contenida sobre seres entrañables, inocentes, ansiosos de justicia, fatalmente derrotados. Otra vez son las luchas de España y el terrible colofón de la guerra las que deciden esos destinos. La novela está dedicada a “La hija el portero”. Solo al terminarla comprendemos que es la dedicatoria más amarga que haya tenido libro alguno.

*



Mirmidones

El escenario es un bar, en algún remoto pueblo norteamericano. Un desconocido se acerca a otro, y le dice, para entablar conversación: “¿Me permite hacerle una pregunta? ¿Alguna vez ha tenido una cita de amor con una enana?” El pasaje es de una pieza teatral de William Saroyan, quien, sin duda satisfecho de su efecto, lo reprodujo luego en uno de sus cuentos. Se me viene esto a la mente porque hace poco, desde mi ventana, vi cruzar por la calle a un enano. Percibí de pronto que tal visión, un enano con el que te topas *a plein soleil*, cruzaba ante mis ojos por primera vez.

Más fácil es hallarlos en la literatura y en el arte. Sumarísimamente pueden citarse autores que los incluyen en sitial de honor: Pär Lagerkvist, Vicki Baum, Walter De la Mare, Oscar Wilde, Rubem Fonseca. En su libro *La loca de la casa*, Rosa Montero escribe sobre ellos un par de páginas memorables. Buñuel y Bergman, entre muchos, les dieron cabida en el cine, y fue famoso el Tatú de la teleserie *La isla de la fantasía*. Basado precisamente en un cuento de Wilde, el alemán Alexander von Zemlinsky compuso una ópera, *Der schwerg*, cuyo protagonista es un enano. Lo cual la hace prácticamente irrepresentable, pues bien difícil debe ser hallar en el mundo de la lírica un cantante que no supere los cinco palmos de altura. Ahora, en la vida real... en la vida real son criaturas destinadas al circo, o a las corridas bufas. Reímos con ellos, pero luego se tornan invisibles. Ignoramos qué piensan, cómo son, dónde viven, a qué se dedican. Desconocemos sus actitudes, sus poemas, sus sueños. Desconocemos incluso, algo quizás más inquietante, qué piensan de “nosotros”.

*

Crónicas

Igual cosa podría decirse de los gigantes. Gigantes y enanos, todos son unos. Seres solitarios, sospechamos, y duramente marginados. Tal vez habitan ambos los mismos guetos, sabedores de que hay para ellos pocos espacios en el mundo. Y allá en sus Walhallas, juntos y solidarios, podrán reírse sin amarguras de la *boutade* de Augusto Monterroso: “Los enanos (añado a mi riesgo a los gigantes) tienen una especie de sexto sentido que les permite reconocerse a simple vista”.

*



El caballero de Emaús

Como se sabe, la memoria miente. Aunque a veces, por compasión, deja un rastro de verdad. Durante muchas décadas perseguí sin éxito un poema de François Coppée sobre el paisaje evangélico de Emaús. Había leído esos versos en *El castellano en los clásicos*, del padre Félix Restrepo, libro de texto en mi 3° de bachillerato. Por una casualidad me topé hace unos días en Palinuro* con ese librito. Busqué el poema de Coppée, y allí estaba, pero su tema no era ése, sino el de otro episodio del Nuevo Testamento. Por motivos que no vienen al caso seguí repasando el libro, y de pronto, como un hallazgo gratuito e inesperado, di con el ansiado poema: no era de Coppée, sino de Guillermo Valencia, un poeta con el que cada vez me reconcilio más. El poema se llama (y el título es ya de por sí un acierto), *El caballero de Emaús*. La esquiva memoria tiene a veces compasivos cirineos.

El momento que allí se narra es acaso, para mí, el más misterioso, inquietante y poético de los que registran los Evangelios. Cristo resucitado encuentra a algunos de sus apóstoles en el camino de Emaús, y ellos, que tantas cosas vieron a su lado, no lo reconocen.

Piensa uno que, puestos en situación, es apenas obvio que así sea. Esa persona, el Nazareno, ha regresado de la muerte, y de tan tremendo trance no puede volverse igual. Se es de algún modo o de infinitos modos otro hombre

* Palinuro es una librería de viejo en Medellín.

*

Crónicas

después de haber desandado esa mágica frontera. Solo reconocen al Maestro los discípulos por su manera de partir el pan.

Dice el poema de Valencia:

[...]Y Él hizo amagos de seguir. Con viva inquietud le detienen, y a su frente le hace sentar la humilde comitiva: parte el pan –la mirada pensativa– y ellos lo reconocen de repente.

Porque partir el pan, para compartirlo, fue y será siempre una Eucaristía. Muchos historiadores niegan la existencia de Cristo. Afirman (en Palinuro no somos dados a polémicas) que nunca existió, y que por lo tanto no es real. Como si para ser real fuera necesario haber existido.

*



Libros de viaje

Consuela saber que en las librerías de viejo se pregunta todavía por libros de Azorín, ahora desterrado, quién sabe hasta cuándo, de las de nuevo. Parte importante de la vastísima obra de Azorín (ensayos, crítica, artículos, novelas, cuentos y hasta obras de teatro, género del que descreía) son sus crónicas de viajes, siempre por tierras españolas. Otros escritores de su generación, sobre todo Unamuno, cultivaron el tema. Años después, Cela hace su aporte (*Viaje a la Alcarria, Páginas de geografía errabunda*), con un tono que no oculta su deuda con el maestro levantino. Un autor español de hoy, el novelista Manuel de Lope, acaba de publicar el primer tomo de *Iberia*, libro de viajes que aspira a cubrir todas las regiones de su país. A raíz de esa publicación, la revista *Babelia* entrevistó a Lope, quien cuestionó allí la visión viajera de los hombres del 98, porque, según afirma, idealizaban las cosas que veían. Tal vez sea cierto, al menos en parte, tal vez esos escritores querían redimir con sus palabras aquella “España miserable, ayer dominadora” de que habla Antonio Machado, y que era también la suya. Pero la verdad es que el asunto no importa mucho, y las plazas, gentes, paisajes, fondas y casonas retratadas por Azorín nos parecen ciertas y nos conmueven, gracias a la magia inapelable de la literatura.

Entre realidad y ficción, España ha inspirado a autores extranjeros libros de viajes tan memorables, entre muchos, como *Cuentos de la Alhambra*, de Washington Irving, o *Manuscrito hallado en Zaragoza*, del polaco Jan Potocki, colección casi inclasificable de fantasmagorías, magias y picarescas. Volviendo a los nativos, y dando un salto de cien años, quiero mencionar una bella novela (también las novelas pueden ser libros de viajes, y no es preciso citar a Don

*

Crónicas

Quijote) de Fernando Fernán Gómez, *Viaje a ninguna parte*, donde se narra el periplo de unos cómicos ambulantes por unos cuantos puebluchos tristes y pobres, durante los primeros tiempos del franquismo.

Me quedan unos agónicos caracteres, que no dan, como quisiera el escriba, para seguir hablando de Fernán Gómez. Se deja para la próxima, si *La Hoja* insiste.

*



Voces tutelares

Unos creen en la inspiración, otros no. Hoy es de buen tono negarla. Inútil citar la consabida frase del porcentaje. Pero bueno, si hay un uno por ciento de inspiración, es porque existe. Digamos, en todo caso, que se aviene al viejo aforismo de las brujas, que tampoco vale la pena citar.

Para no meterme en camisa de once varas, apelo a las anécdotas. Como la que menciona Borges sobre Coleridge, quien narró cómo, una noche, había soñado un largo poema; al despertar, solo alcanzó a recordar unas cuantas estrofas. Se apresuró a copiarlas, y el resultado fue, sin agregar una coma, su poema “Kubla Khan”.

He aquí otra. La refiere Enrique Jardiel Poncela, refiriéndose a su comedia *Eloísa está debajo de un almendro*. Dice que esa obra había sido aceptada por un empresario, basándose para ello en los dos primeros actos. Pero el estreno se aproximaba, y el tercer acto no salía.

Jardiel ensayaba en vano diversas opciones y desenlaces. Se sentía estéril, lo acosaba la inminencia del fracaso y del descrédito. Entonces, la víspera del plazo fijado fue al cementerio y oró ante la tumba de su madre, cuya memoria veneraba. “Madre, le dijo, éste es mi problema, y si no me ayudas estoy perdido”. Regresó a su casa, y se acostó con el alma liviana, seguro de que “allá” su madre escribiría para él. No soñó, como Coleridge. Pero a la mañana siguiente escribió de golpe y porrazo el elusivo tercer acto.

Una última, del poeta brasileiro Manuel Bandeira. Invitado a una cena, tomó un tranvía y quiso anotar algunas palabras que, surgidas de pronto, habrían de servirle para un poema ya vagamente concebido. Sacó papel y lápiz y borroneó

*

Crónicas

algunas notas. De vuelta a casa, copió a máquina lo que había garrapateado, y verificó con asombro que se trataba de un poema completo, compuesto, “sin mi participación, por siete estrofas, de siete versos de siete sílabas”.

Bandeira no menciona en su crónica la palabra inspiración. Quizá no creía en ella.

*



Un género con mala suerte

En una crónica de hace algunos años, *No todos los artistas son mamarrachos*, Javier Marías despotrica contra las películas que narran vidas de artistas famosos –pintores, escritores, músicos, actores, bailarines–, a las que bien podrían agregarse las que intentan retratar políticos, militares, científicos, etc. Comenta, y concuerdo con él, que la inmensa mayoría solo consigue llevar a la pantalla mascarones vacíos, unas veces histéricos o pintorescos, otras de una obviedad ingenua y pretendidamente “reveladora”.

Marías menciona varios bodrios, como el Picasso que encarnó Anthony Hopkins, las varias versiones que pretenden revivir, con presumible torpeza, la imagen de García Lorca, otras más que se han ensañado con Chopin (siempre tosiendo), las dedicadas a Beethoven, a Miguel Ángel (representado por Ben Hur, dice Marías), a Scott Fitzgerald (siempre con el vaso de whisky en la mano). Todas fracasos, pifias irremediables.

Como en todo hay excepciones, quiero mencionar una película francesa de los años sesenta, *Montparnasse 19*, dirigida por Jaques Becker y actuada por Gerard Philippe, que narra con delicadeza y respeto unos cuantos días –los últimos, si mal no recuerdo– en la vida de Amadeo Modigliani. Es un feliz ejemplo del género, por desgracia casi solitario.

No alude Marías, sin embargo, a una de las cintas más estólicas y pretensiosas de esta larga serie, *El Chaplin* de Richard Attenborough. Vemos allí a un sujeto siempre sombrío y amargado, incapaz de sonreír, alguien al parecer habitado por un invencible agobio. Por lo demás, un personaje falso, sin vida real, un fante en quien nos es casi imposible reconocer a un hombre que imaginamos

*

Crónicas

tan complejo, contradictorio y rico de matices. Aconsejo remitirse, con respecto a Chaplin, a lo que dijo sobre él la gran Louise Brooks: “[...] Estábamos hipnotizados por la belleza y la inagotable originalidad de esta criatura rutilante. Él es el único genio que yo haya conocido que se prodigaba por igual en la vida y en el arte”. Como ella misma, si a eso vamos.

*



El canto del cisne

Anna Pavlova bailando por última vez *La muerte del cisne*. Juan Arvizu, ya con la garganta rota, sin poder dar los tonos que antes daba. Alberto Gómez, sombra de sí mismo, dejando en un disco de Sonolux sus antiguas glorias. Fred Astaire, viejo, danzando unos cuantos pasos en *Finnian's rainbow*. El torero Antoñete, con una barriga venerable, explicando en el ruedo la añeja suavidad del pase. Otro más, Tito Luziardo: en el primer Festival de Tango, en La Macarena; luego de su actuación, una joven pareja de bailarines cedió el turno a Luziardo, un octogenario que había bailado en las películas de Gardel.

Luziardo dibujó tres compases, lentos, soberbios, y todo lo anterior desapareció.

Quedó el recuerdo del tango, detenido unos segundos, y después el espectáculo volvió a la normalidad que de él se esperaba. Pues esos otros momentos, los de Luziardo, los de Alberto Gómez, los de la Pavlova, los de Antoñete o Curro Vázquez, los de ya casi afónicos cantaores de flamenco, los de esas ancianas, cubanas, sevillanas, momposinas, que se alzan de pronto de sus asientos en alguna fiesta, conscientes y seguras de todo lo que guardan adentro, nos asaltan sin pedir perdón. Son los de la belleza más trascendida, son éstos en que el cuerpo cede su sitio al espíritu, o como queramos llamar esa presencia que habita en el cuerpo, y que es, de lejos, mejor que él.

Lo que había allí, lo que siempre estuvo allí, cobra sus derechos, sus riquezas, y se yergue de pronto, listo, acaso sin saberlo, a dar un recado que tal vez pocos oirán. Como si el oficiante dijera: “No soy el que fui, pero gracias a ése puedo ser, durante un corto lapso de tiempo, mejor. Ya, por fin, lo sé todo, y fui joven y bello para llegar aquí”.

*

Crónicas

Porque antes de su muerte (artística) nos está sirviendo el más rico vino, el más gustoso salido de sus cavas. Así muere el cisne.

Moraleja: la vida es corta, pero todos los grandes artistas deberían llegar a viejos, para brindamos lo más acendrado de su oficio. Cuando ya la belleza deja su lugar a la belleza, y la vanidad, que es un virus, se cambia en dicha o en orgullo. Un bel morir.

*



Anhelo Infinito

De todos los anhelos de la humanidad, uno de los más persistentes es sin duda la máquina del tiempo. Anhelo Imposible, por supuesto. Habría que reinventar la metafísica. Y ni así. Le queda al hombre la capacidad de soñar, y gracias a ella existen millares de páginas y centenares de películas que se ocupan del tema, desde muy distintos ángulos e intenciones. Prefiero, y esto es una elección personal, las que se ocupan de un artefacto (o conjunto) que conduce al pasado, tal vez porque el porvenir es una entelequia. Hay una variedad muy interesante, la de alguien del pasado que viaja al futuro, y ese futuro es nuestro presente. Por lo demás, no cabe aquí enunciar nombres, pero mencionaré uno, el de Max Beerbohm, autor de esa joya llamada *Enoch Soames*. En el cine, de lo que he visto, tal vez el que mejor ha jugado con el tiempo es Alain Resnais, en su poco nombrada película *Je t'aime, je t'aime*.

No hace mucho surgió el tema en una tertulia de amigos. Alguien preguntó a los demás qué único lugar del tiempo y del espacio elegirían si tuvieran a mano la dichosa máquina. Anoté las respuestas, y doy aquí unas pocas: E., teatrero, escogió una localidad en el londinense teatro *The Globe*, con Shakespeare sobre el escenario. L., sicóloga, quiso una sesión en el diván de Freud. R., arquitecto, optó por una larga charla con José Asunción Silva. Se mencionó a Bonaparte, e incluso la prehistoria.

Nadie, y es curioso, pensó en algún momento de su propia vida.

Falta mi elección, que declaro sin pudor. El año, 1927. El sitio, *La Cartuja*, un cafetín bohemio del Medellín de la época. Interior, noche. Yo tomo anís, oculto en la penumbra. Entra primero Julián, con otros amigos músicos. Luego aparece

*

Crónicas

Obdulio, también acompañado. Los dos hombres, poco más que adolescentes, se reconocen, se saludan. El aguardiente corre, los tiples suenan, y la pareja junta por primera vez sus voces inolvidables. No saben ellos que de ese encuentro casual saldrá una unión definitiva. Lo sé yo, que a presenciarlo he venido. Y casi, casi, desearía no apretar de nuevo el botón de regreso.

*



Dialécticas caseras

Nadie sabe quién inventó los refranes, se han inventado solos, desde la noche de los tiempos. Puestos en la tarea de rastrear el origen de los nuestros, llegaríamos a España, es claro, pero luego, qué sé yo, al *Calila y Dimna*, a *Las mil y una noches*, a Persia, a Egipto, a Mesopotamia, a China.

Jaime Sierra García, en su libro *El refrán antioqueño*, hace este juego de palabras: “Hay que andar con pies de plomo’ cuando queremos darle nacionalidad a un refrán”.

Lo que sí sabemos bien es que late en ellos el conocimiento de la vida, en su esencia más pura, fértil a lo largo del tiempo y del espacio. Suelen recordarnos, en primer lugar, el imperio de la cruda realidad (tal vez por eso no era muy dado a ellos el señor Don Quijote, a diferencia de su escudero, que no cesaba de “ensartar refranes a troche y moche”, no obstante los consejos de su amo), y también que los humanos no cambian, siguen y seguirán siendo iguales Juan Lanas y el emperador de La China. Pero, a poco que se mire, encontramos otro matiz, más que elocuente, en el acervo de la sabiduría refranesca. Y es el de que a muchos refranes en apariencia inapelables se oponen otros, igualmente certeros, que afirman lo contrario. Algunos ejemplos: *Al que madruga Dios lo ayuda / No por mucho madrugar amanece más temprano. El perezoso trabaja doble / De la carrera no queda sino el cansancio. En boca cerrada no entran moscas / El que calla otorga. El buey solo bien se lame / Cada oveja con su pareja. El que nació pa maceta, no salga de su caseta / Piedra que no rueda, saca limo. En la duda, abstente / Ante la duda, la más tetuda...*

Y así, un larguísimo etcétera.

*

Crónicas

Como si el anónimo filósofo, apartándose de ideólogos y fundamentalistas, hubiera sabido desde siempre que no hay verdades absolutas, y que, cuando creemos estar seguros de algo, no faltará el que nos invite a dudar, esgrimiendo argumentos igualmente valederos. Dicho de otro modo, que todo es según el color del cristal con que se mire.

En fin, para cerrar, dos últimos refranes, uno milenario, otro que va camino de serlo: *Más sabe el diablo por viejo que por diablo. Sabe más que Memo Ángel.*

*

*

Elkin Obregón



A donde va Vicente

Lo bueno de tener un patrón es que piensa por uno
(Oído hace dos meses a un taxista)

La abrumadora victoria de colocar sobre poner (y la de tantas otras muletillas al uso: súper, como única forma de superlativo; espectacular, como única forma de elogio; al interior de; en ese orden de ideas; hasta el lunes se sabrá; sesenta kilómetros a la hora; Teleantioquia somos todos y todas, etc.), propone varias reflexiones. La primera, misión tan imposible como rastrear el autor de un chiste, saber de dónde surgió, desde qué oscuros meandros llegó hasta los hispanohablantes de todos los sitios, pelajes y estratos (y no solo hasta ellos, sino también hasta los que hablan y escriben lenguas siamesas del español, como bien las define el nonagenario Mustio Collado) la orden de que poner, verbo grosero y mendicante, debía destinarse tan solo a la penumbra de los gallineros, y que era colocar el nuevo dueño de la plaza.

Otra reflexión, más inquietante, traspasa de lejos los límites lingüísticos, y se convierte en asunto de sociólogos: el porqué de una aceptación unánime y colectiva, sin sombra alguna de protesta, rechazo o pataleo, ante un mandato absurdo y estólido. Lo primero que se le ocurre a uno es que somos ya irremisiblemente un rebaño, una tribu borreguil, y que las viejas consignas del individualismo naufragaron, acaso para siempre, en el río del tiempo. Lo segundo, que viene a ser lo mismo, es que nos entregamos de brazos abiertos al placer de la obediencia, quizás porque pensamos que un alguien, desconocido y por ello

*

*

Crónicas

venerable, nos dicta desde un trono distante normas que por fuerza debemos acatar. Algo así como el Gran Hermano de George Orwell. O como la famosa frase de los campesinos baturros, recordada por Luis Buñuel en *El fantasma de la libertad*: “Que vivan las cadenas”.

Puede parecer excesiva tanta furrusca por un simple verbo. Pero por los síntomas se conocen los calamacos. Muy pronto oiremos hablar (y no es un mal chiste, es una promesa) de una colocada de sol.

*

*

Elkin Obregón



Clavel del agua

No es verdad que haya flores sin perfume.

D. M. L., *Poemas sin nombre.*

Mi amigo J. R. rinde un culto total a Dulce María Loynaz, la gran poeta y escritora cubana. Recita de corrido muchos de sus poemas, guarda su voz en inapreciables grabaciones, evoca con solvencia pasajes y anécdotas de su vida. Una vida que, por cierto, la trajo alguna vez a tierras colombianas, incluyendo en ellas las de Medellín y Rionegro. Pero J. R. no había nacido, para su desgracia.

J. R., además, tiene sus rarezas. Guardó durante meses en la nevera de su apartamento un clavel, sin saber a ciencia cierta por qué, aunque cierta noche, pasado de copas, pensó en comérselo, como quien se come un helado. Para su fortuna, no lo hizo.

Un día J. R. supo que un amigo partía a Cuba de vacaciones. Le entregó el clavel, haciéndole prometer que lo depositaría, en el cementerio Colón de la Habana, sobre la tumba de Loynaz. Su amigo guardó la ofrenda, envuelta en un papel de seda, pero el avión que lo llevaba a la isla debió hacer escala en Cartagena. Allí, un celoso funcionario de la aduana le informó que ninguna especie de flora, helada o no, podía salir del país sin un permiso especial. No hubo razones ni ruegos capaces de convencerlo, e inútil habría sido tratar de explicar a un funcionario la sagrada misión de aquellos pétalos. Así que el amigo de J. R., con un gesto de impotencia, sacó el clavel de su lecho de seda y lo lanzó al mar de la bahía.

*

*

Crónicas

Pero allí no termina el episodio. Años más tarde, J. R. viajó a su vez a la Habana. Plantado frente a la tumba de Dulce María, le contó su frustrado deseo de haberle enviado aquella flor inmarchita, le pidió perdón por su fracaso, y saldó así su deuda.

No contento con eso, volvió a saldarla luego, escribiendo el verdadero final de la historia. El pasaje aparece en un libro suyo, *Textos breves*, único que hasta ahora ha cometido (tiene otro en proceso): “[...] Años después las olas lo depositaron –intacto– en las blancas playas de la serenísima isla, cumpliendo de esta manera el homenaje que mucho antes se había iniciado en un convulso país del lejano continente”.

*



Feliz quien penetre tu misterio

La literatura erótica, me parece, anda de capa caída, tal vez porque ahora triunfa la cama. Los autores de hoy, cuando incursionan en el género, optan por el humor o por la broma, porque juzgan, o saben, o temen, que ya no hay lugar para el misterio. No soy ni de lejos un experto, pero añoro ciertos libros de Pierre Louys, o el inmortal poema de John Donne, *Oración para antes de acostarse*. He leído, sí, los *Sonetos* de Pietro Aretino, pero son solamente versos libertinos, exaltan apenas la carne gozosa, y se exceden en palabras. Profanan el asombro.

Como se hace ahora. Los cuerpos *light* nos invaden, las mujeres se crean senos plásticos, las comentaristas de los reinados de belleza hablan de *derrières* para mencionar esas nalgas que alguna vez, sin demasiadas evaluaciones, logramos acariciar.

¿Y el cine de hoy? Pues lo mismo. Mucha carne, poca sustancia. Hay que acudir a las cinematecas. De la mía propia, sacada del recuerdo, cuento entre muchos dos momentos. El primero es de *El monstruo de la laguna negra*. Una mujer espléndida, castamente vestida con una trusa entera (estamos en el cine de los cincuenta), se da un chapuzón en una laguna de una remota selva africana. Un terrible monstruo lleno de escamas habita esa laguna. La ve, la acecha. Ella es una beldad, nada como una sirena, está sola; la secuencia es larga y bella, los espectadores sentimos el deseo del monstruo, transpiramos, porque sabemos que la mujer está a su merced. Triunfa el amor, o lo que sea, y el batracio se aleja sin osar siquiera acercársele.

El segundo es de *Vértigo*, para algunos la obra maestra de Alfred Hitchcock (que de erotismo sabía lo suyo). Kim Novak sale de un cuarto de baño, y se

*

Crónicas

ofrece, en un acto de entrega total, a James Stewart. Está vestida de los pies a lo cabeza, pero, como contó Hitchcock a François Truffaut, está desnuda. Su rostro lo dice, pero somos nosotros, los espectadores, los que debemos entenderlo.

Lo demás, como decía alguien, son calendarios. Y el que haya visto un cuerpo desnudo, con su pan se lo coma. Yo, como el monstruo, me quedo con Kim Novak.

*



La reina de las artes

La magia que me gusta es la magia blanca, la del ilusionismo puro y confeso.

De orígenes antiquísimos, anduvo durante siglos y siglos por ciudades y aldeas, no sin padecer a veces persecuciones y anatemas, hasta llegar a configurarse definitivamente en el siglo XVIII como un espectáculo escénico de diversión y entretenimiento, libre de sospechas sobre posibles poderes ocultos o peligrosas incursiones en el ámbito del más allá. Robo estos y otros datos succulentos a un artículo del médico, cinéfilo experto en Chaplin, y mago aficionado Tiberio Álvarez Echeverri (*Magroll el magiero* cuando ejerce de tal), publicado en la edición 285 de la *Revista Universidad de Antioquia*.

La magia blanca encierra en su esencia, creo, dos paradojas. La primera, que nos atrae por saberla una ilusión. Si en verdad David Copperfield pudiera hacer desaparecer la Estatua de la Libertad, o cualquier profesional competente devolver su integridad física a una mujer serruchada, el asunto dejaría muy pronto de interesarnos. Para alguien dotado de dones sobrenaturales, pensaríamos, tales alardes no encierran mérito alguno. Un hombre que de veras supiera hacerse invisible es alguien que apenas sí merecería un párrafo en el Libro de Récorde Guinness, o una entrevista en “Yo, José Gabriel”. Un prosaico individuo, en suma, despojado de la gracia de la ilusión. Un sujeto sin magia.

La otra paradoja es que (sospecho que a muchos nos pasa) no deseamos en el fondo descubrir el truco. Buscamos la sorpresa, el asombro, y pedimos mentalmente al mago que no se delate. Al entrar al teatro o a la carpa hemos dejado afuera la realidad, y no somos tan torpes como para querer sentarla en nuestra butaca. Un aporte histórico para acabar. El mundo de la magia tiene su santoral propio, con

*

Crónicas

dos ilustres cabezas: la de San Juan Bosco, quien entendía mucho del asunto, y hacía funciones para financiar sus escuelas. Y la de Georges Méièrès, auténtico creador del cine arte y mago de profesión. Cambió al fin ese oficio por el cine, pero su cine es mágico. Aún hoy, en estos tiempos de vacas flacas, vemos a veces su herencia en las pantallas.

*



Los días azules

El 22 de enero de 1939, Antonio Machado, con su hermano José, su madre y muchos otros fugitivos abandonaron Barcelona, ante la inminente llegada de las tropas franquistas. Después de un penoso viaje de cinco días hacinados en un convoy cruzaron por fin la frontera de Francia. La quinta noche llovió, pero no parece muy fiable la versión –aporte robado a otras marchas de esas horas de derrota– según la cual los refugiados debieron hacer a pie el último trecho. Me atengo a las memorias de Corpus Barga, testigo presencial.

Durante el difícil trayecto, Machado perdió la carpeta donde guardaba sus apuntes, sin duda versos o reflexiones que jamás conoceremos. Tras una noche en Cerbère, los Machado llegaron a Collioure, pequeño pueblo de pescadores, donde pudieron alojarse gracias a los buenos oficios de Barga, gran escritor, sobrino de Baroja, compañero del poeta y los suyos, como ya se dijo, en ese viaje sin regreso. Frente al mar, Antonio (lo cuenta su hermano José, pintor y dibujante, creador por cierto de la imagen física de Juan de Mairena) acarició la esperanza de una nueva vida. No pudo ser. Su cuerpo prematuramente envejecido (las últimas fotos que de él se conservan revelan su dramático deterioro) y las penurias de ese itinerario postrero le cobraron cuentas. Murió el 22 de febrero, a menos de un mes de su arribo a Collioure. Su madre lo siguió a los tres días, sin enterarse de la muerte del hijo. En un bolsillo del abrigo de Antonio, José halló un papel con un verso: “Estos días azules y este sol de la infancia”.

No es, como supone Javier Cercas (*Soldados de Salamina*, pág. 24), el inicio de un poema trunco, sino parte de uno escrito y publicado años antes. De todos los versos suyos, y acaso presintiendo ya su fin, Machado eligió evocar ese, vaya

*

Crónicas

a saberse por qué. O tal vez sí. Tal vez todo verdadero poeta empieza a morir en el momento en que, asumiéndose como tal, empieza a recordar. Y lo que hay entre ese momento y el de su muerte es una litúrgica aceptación. Citando otra vez a Machado: *Al borde del sendero un día nos sentamos. / Ya nuestra vida es tiempo, y nuestra sola cuita / son las desesperantes posturas que tomamos / para aguardar [...] mas Ella no faltará a la cita.*

*



Solo para ajedrecistas

Cuanto tenía 13 años, Robert Fischer, moviendo las piezas negras, jugó una partida de ajedrez contra el gran maestro norteamericano Donald Byrne. En la jugada 17, Bobby entregó su dama, y 27 movimientos después ganó el juego con un rotundo jaque mate. Muchos estudiosos han analizado ese encuentro, y concluyen unánimemente en que a partir de aquella jugada 17 todas las variantes conducen sin apelación al triunfo de las negras. Curiosamente, Fischer no incluye esta en su libro *Mis 60 partidas memorables*. Ajeno a vanidades y coqueterías, como siempre ha sido —lo sabemos sus fieles fans—, tal decisión obedece quizás a un extremo rigor de análisis. Debe juzgar el gran Bobby que dicha partida no alcanza aún la madurez de sus hazañas posteriores, muchas de ellas deslumbrantes retos a la en ese entonces invencible armada rusa. No lo piensan así los analistas (ese enfrentamiento, dígame de paso, puede seguirse en las páginas sobre ajedrez de la *Enciclopedia Británica*). Creo que tampoco la consideró de ese modo Donald Byrne, e insinuó aquí una sospecha o teoría que nadie, hasta donde sé, ha señalado nunca.

Una de las últimas dignidades que puede regalarse el inminente perdedor de una partida de ajedrez es renunciar antes de que su rey sucumba sin remedio. Es como si la víctima expresara que sabe leer su suerte ineluctable, 5, 10 o más movimientos antes de que suceda. En el mundo del ajedrez magistral, resignar es el modo elegante y casi único de aceptar la derrota. Enfrentando a aquel chico de 13 años, Byrne siguió adelante, sin esperanza alguna, y recibió mate. Creo yo que lo hizo deliberadamente; no quiso renunciar, deseó llevar hasta sus últimas consecuencias esa insólita partida, como un mudo homenaje al niño que lo había vencido de tan brillante manera. Si así pasaron las cosas, de algún modo

*

Crónicas

fue Byrne el auténtico vencedor. Más aún, si se quiere, porque nunca explicó su actitud. Podría haberla mencionado Fischer en su libro y calló.

Pero la partida sigue ahí, espléndida, inmarchita, a pesar de que su artífice haya querido olvidarla. Pasa muchas veces, en la historia del arte. Cervantes prefería *La Galatea*.

*

*

Elkin Obregón



Traditores, trujimanes

Sobre la traducción se han escrito, por supuesto, innumerables páginas, muchas de ellas contradictorias. Yo, que ejerzo con placer ese oficio, pienso que en la mayoría de los casos (no en todos, hay admirables ejemplos de lo contrario, como bien lo ha señalado Borges), la traducción, cuando no traiciona, al menos menoscaba. Sobre todo, como es obvio, si se trata de poesía.

Un amigo mío le aconsejó a alguien, interesado en leer poesía, que se limitara a poetas de lengua española. Exageraba, claro, pero tal vez no demasiado. La antología de Rilke que reposa en mis estantes está llena (valga el ejemplo) de sonetos sin métrica ni rima. El traductor eligió ese punto de vista, sin duda respetable. El mío es que un soneto así despojado es casi nada, un breve amasijo de 14 líneas sin música ni cadencias, o al menos sin las que en ellas había puesto su autor. Por supuesto, la música y el ritmo presiden todo poema, e incluso, a su modo particular, toda prosa. No parece posible la existencia de un buen escritor que carezca de oído.

Sin salir de los versos, puede haber otra solución. La de crear, por decirlo así, otro poema, más o menos fiel al original, más o menos acorde a sus asombros y secretos. Una paráfrasis, digamos, cuyo disfrute, más que del autor original, depende del talento de quien la crea. No llegan a tales extremos (sospecho) las admirables traducciones de sonetos de Shakespeare que debemos a William Ospina. Pero uno se huele que, tanto al menos como tienen de Shakespeare, tienen de Ospina, un excelente sonetista isabelino.

*

2 *Codas*

1. Hace unos años le envié al poeta brasileiro Ferreira Gullar un borrador de traducción de un poema suyo. Me escribió, sugiriéndome cambiar una palabra por otra, de significado menos cercano a la original. “Porque en este caso –dijo–, cuenta más la sana música que el exacto sentido”.
2. Me topé alguna vez con una traducción al inglés del *Romance sonámbulo*, de Federico García Lorca. Empezaba así: “Green, how I love you green”. Imposible seguir.



Callar o no callar

En uno de sus antipoemas, el chileno Nicanor Parra dice de sí mismo (y de todos nosotros, por extensión) que es “... Un embutido de ángel y bestia”. Qué le vamos a hacer, eso somos, fuimos y seremos. Pero lo que sorprende, por inesperado, es ese símil brutal, “un embutido”. Gracias al cual se nos reduce, sin apelación, a una especie de chorizos humanos, de butifarras con alma. Sirva esa entrada de prólogo, pero lo que aquí se pretende mencionar es el uso escrito de las llamadas “palabras fas”, o “tacos”, en textos que apuntan a un valor literario. Es misteriosa la transformación que experimentan esas palabras (a veces, por supuesto, frases, o inclusive párrafos o páginas enteras) al pasar por el tamiz de la literatura.

El gran poeta brasileiro Ferreira Gullar afirma en una entrevista que los vocablos procaces, trasladados al poema, se convierten en poesía, ganan dignidad y prosapia, borran por gracia del arte sus orígenes espurios. Como si de ser sórdidos gusanos pasaran a ser crisálidas o, al menos, a sustentarlas.

Sobraría repetir algo tan dicho, esto es, que todo texto literario es un poema.

Recuerdo muchos pasajes de novelas y cuentos que, sacados de sus libros, harían sonrojar a un carretero. Este fenómeno debe haberse analizado con solvencia, qué duda cabe, por los especialistas. Aquí simplemente se consigna.

Alguna noche le oí decir a un gran escritor antioqueño, quien daba en ese momento consejos de estilo a un colega novel, que al describir una escena de amor físico no debían omitirse términos ni imágenes, porque lo contrario sería evadir responsabilidades o, simplemente, escurrir el bulto.

Sospecha uno que en esto, como en todo, la verdad no está en ninguna parte. El que aquí escribe se inclina por fórmulas más discretas. No por pudor (o tal vez sí), sino porque cada uno es libre de sus gustos. Para no volver al hermoso

*

Crónicas

final de *Ulrika*, de Borges, cito estas líneas de Andrés Trapiello: “[...] a los besos siguieron las caricias y a las caricias todo aquello que ha hecho que los amantes encuentren siempre, desde los remotos siglos de los trovadores, prematura la aurora y corta la noche. Y no digo más”.

Tampoco yo.

*



Amor es...

Intento consignar aquí dos visiones opuestas sobre el amor, la segunda de las cuales, ingenuamente, juzgaba mía. Pensaba iniciar la primera con unos versos de Antonio Machado, pero se me adelantó Andrés Trapiello, citándolos, y hablando además del asunto con mucha mayor solvencia de la que yo hubiera querido para mí.

Aquí va lo esencial de su texto, editado por razones de espacio.

Observó una vez Stendhal (cuenta Trapiello) cómo una vieja rama de árbol, caída en una mina de sal, se cubría tras un tiempo de hermosos y lípidos cristales. A partir de ese hecho el gran novelista concibió una parábola sobre el amor. El enamorado o la enamorada pasaron a ser la mina de sal, y aquel a quien se ama, una vieja y seca rama. “El amor vendría a ser todo lo demás, el celestinaje, podríamos decir, que convierte el viejo leño sin vida en algo lleno de luz. Algo como un diamante, aunque naturalmente, nos dice Stendhal, mucho más frágil, porque la sal es fácilmente soluble, sobre todo en lágrimas [...]”.

... Pues si con algo tiene que ver el amor, es con la fantasía. Lo expresa así Machado: *Todo amor es fantasía / él inventa el año, el día, / el día y su melodía. / Inventa el amante, y más / la amada. No prueba nada / contra el amor, que la amada / no haya existido jamás.*

Para la segunda versión, la mía, la que de lejos prefiero, también alguien se me adelantó. Escribe el español José Alameda: “Se ha dicho que el amor es ciego, pero también, y con razón, que es todo lo contrario. Pues el amante ve en el ser amado lo que solo pueden ver los ojos del amor [...]”.

Podría concluirse, con perdón de Machado: no prueba nada contra el amor, ni contra la persona amada, que, pasado aquél, no la veamos más, pues solo

*

Crónicas

el milagro del amor nos concedió traspasar el velo tras el cual se escondía su magia. El ser que una vez amamos, con perdón de Machado, existe, es real.

Sólo que ya no podemos verlo.

Resumiendo: a gusto del que opina, el amor nos hace ciegos, o videntes. Y el desamor, en cualquiera de las dos opciones, es un destierro, una expulsión del paraíso. Por si las dudas, lo mejor es amar, digan lo que digan los demás.

*



Variantes enmascaradas

Si se habla de disfraces, hay que hacer un brindis de admiración y respeto por el de Supermán. Para travestirse en Clark Kent (Kent, aunque a veces lo olvidemos, es la máscara de Supermán), le basta al hombre de acero corregir un poco su peinado, eliminando el rebelde mechón, y ponerse unas gafas. Ni siquiera se quita el traje y la capa, que oculta bajo su indumentaria de reportero, ni se molesta en cambiar el timbre de su voz. Y, amparado en tan precarios artificios, consigue que ni aun la listísima Luisa Lane logre percibir la impostura.

Sin duda el caso de Supermán constituye la más alta depuración del disfraz, su suprema desnudez. Al otro extremo del espectro podría situarse a Zeus, quien para seducir a la esquivia Leda inventa el hábil recurso de transformarse en cisne, y a veces adopta incluso la apariencia de una lluvia de oro. Comete con ello, valido de sus poderes, un claro desacato al *fair play*.

No lejos estaría el doctor Jekyll, que al convertirse en Mr. Hyde altera por completo la forma de su rostro, y además la de su cuerpo. Y, por si fuera poco, para cometer sus fechorías hunde su segunda identidad en la otrora impenetrable niebla de los arrabales londinenses.

Dígase, para terminar, que los más elaborados antifaces, las más perfectas máscaras, fallan ante la delación de los ojos. Los ojos, inapelablemente, nos descubren y nos acusan. Bien se sabe que son el espejo del alma, y ésta, aunque elusiva por definición, se asoma no obstante a ellos con fatal evidencia.

El único antifaz inmune a esa fatalidad, y con esto volvemos a las tiras cómicas, es el de El Fantasma. Porque El Fantasma, cuando porta su antifaz (solo se lo quita para ir a la ciudad, o para ocasionales escarceos con Diana en la playa

*

Crónicas

dorada de Kela Wee), deja de tener ojos. Miramos su imagen en el dibujo, y nos asombra su poder de mirar el mundo a través de sus cuencas siempre blancas, Impidiendo que nadie vea su alma. Otro desafío al *fair play*.

*



What's in a name

Para saber cómo se llaman ahora los colombianos pobres (“de estratos bajos”, dicen los periódicos, “la gente del pueblo”, decían nuestras madres, “la clase proletaria”, los marxistas), basta con echar un vistazo a las nóminas de los equipos de fútbol, deporte cuyos practicantes, en un 99%, salen de esa cantera: Néider, Ógen, Jámmel, Nándier, Bélmer, Braian, Hámlet, Léider Calimeño, Ervin, Bónner, Amaranto, Lenis Faillace, Lyn Carlos ...

La lista sería interminable, y a muchas personas de buena conciencia les produce risa, y a no pocas escándalo. Antes (aunque el asunto es demasiado complejo para tan empírico escriba y tan escasos caracteres), los de abajo se llamaban como los de arriba, Pedro, Pablo, Antonio, Guillermo, José Luis.

Nombres dictados por la costumbre, signos, si se quiere, del poder. Más o menos esto: tú, mi inferior, has de llamarte como yo. O así: yo, tu inferior, debo llamarme como tú. En Estados Unidos, los esclavos negros tomaban el nombre y apellido de sus amos. Seres hijos o nietos de africanos pasaban a llamarse John Smith. El poder negro quiso cambiar esto, y apelaron para ello a nombres de otras culturas: Malcolm X, Martin Luther, Mohammad Ali. Una revolución puede y suele empezar por un cambio de nombres. El modo de designar los meses, las leyes, el simple trato cotidiano. No llamar a tu vecino de siempre vecino, sino compañero. Lo extraño de este que se incuba ante nuestros propios ojos es que no quiere agredir, ni tiene un propósito consciente de rebeldía. Simplemente, sucede. Por eso parece más hondo, por eso expresa, creo, una evidencia, una actitud colectiva que no obedece a mandatos externos. En el fondo esos nombres extraños reafirman, sin proponérselo, la existencia, insalvable, de unas fronteras.

*

Crónicas

Que siempre existieron, y siempre existirán, De un lado Juan Fernando, del otro Braian o Lenis. Algo ocurrió ahí, con silenciosa elocuencia, Un rechazo, una autoafirmación, tal vez un desdén. ¿Un orgullo de clase? Por fortuna, al menos por ahora, los nombres no disparan. Pero nunca se sabe.

*



Las voces del silencio

Enrique Vila-Matas ha escrito un libro, *Bartleby y compañía*, en el que, basándose en ese personaje, analiza el caso o síndrome de los escritores que dejan de escribir. Pueblan el libro toda clase de plumíferos: desde el que siente que ya no puede superar y ni siquiera igualar lo que hizo, hasta el que, sin apartarse demasiado de esas razones, llega más bien a un profundo y paralizador descreimiento de las posibilidades expresivas del lenguaje humano. Desfilan por esas páginas, como es obvio, Juan Rulfo y Rimbaud, claros exponentes del silencio literario, y también el poeta argentino Enrique Banchs, tan amado por Borges (sobre Banchs pretende este cronista agregar algo en una próxima ocasión). Pero hay más, muchos más. La lista del autor llega a ser agobiante: Arthur Craven, sobrino al parecer de Oscar Wilde, y Hart Crane (a los que une además el hecho de haber desaparecido ambos, sin dejar rastro, en tierras de México), Clément Cadou, Jordi Llovet, y un largo etcétera que abarca incluso a Herman Melville, el mismísimo creador del escribiente Bartleby. Menciónese por último a Pepín Bello, para algunos el cerebro en la sombra de la generación española del 27, caso extremo en esta lista de “autores del No” (así los nombra Vila-Matas), porque, más allá de dejar de escribir, en rigor, y socráticamente, nunca escribió.

Pero Vila-Matas olvida mencionar el caso paralelo de los que el poeta brasileño Manuel Bandeira llamó poetas bisiestos. Entregados a oficios diferentes al literario, estos personajes producen esporádicamente (de allí lo de bisiestos), o acaso una sola vez en la vida, un gran poema, un poema de tal magnitud que los inscribe de golpe y porrazo en los tratados de literatura. Entre otros ejemplos, brasileños o no, Bandeira sugiere que bien puede ser de un bisiesto aquel famoso soneto español, *A Cristo crucificado*, que empieza así:

No me mueve, mi Dios, para quererte...

*

Crónicas

Aporto a ese grupo a una matrona antioqueña, de oficio ama de casa, que escribe poesías para beneplácito de sus hijos y nietos. El bisiesto aquí es este verso: *Porque me ves hermosa soy hermosa.*

No lo hubieron desdeñado la Stormi, la Agustini, y ni siquiera Sor Juana. El espíritu sopla dondequiera.

*



Luces de bohemia

Estoy leyendo un libro interesante, *Los proletarios del arte. Introducción a la bohemia*, que me prestó Héctor Abad Faciolince, un hombre que mira a los bohemios con curiosidad no exenta de afecto, tal vez porque tema ser uno de ellos. Me llamó en él la atención una frase de Rafael Cansinos Assens (bohemio renegado a tiempo, porque eligió ser polígrafo): “El arte, ese parásito”. No le falta razón. Todos los que presumimos de artistas (aunque nada hayamos hecho para merecer ese nombre) sabemos en el fondo que el artista es eso, un parásito de la sociedad. Dicho de otro modo, el artista, en rigor, no sirve para nada. El padre de Rafael Pombo se dolía de las inclinaciones líricas de su hijo, al que soñaba ver en más sólidos menesteres, diciendo que la poesía era “un rimar fútil”. Y un amigo mío, cuyo nombre callo, afirma que no lee versos porque todo lo que en ellos se dice es mentira. No le falta razón. Vive el poeta de sus sueños, los cree a veces verdaderos, o los finge (*remember* Fernando Pessoa), y sacrifica un mundo para pulir un verso. Nunca se logrará eliminar a los poetas; son indestructibles, como ciertos insectos. Ni las más firmes botas militares pueden contra ellos.

Pero quiero volver al libro que me prestó Abad, suma y retrato de poetas españoles, a caballo entre los siglos XIX y XX, perdidos hoy en precarios archivos de especialistas, o en uno que otro rincón de antiquísimas librerías de viejo. Uno de ellos es el madrileño Emilio Carrere, autor de los de los dos versos más sublimemente cursis que alguien haya escrito jamás: *¡Oh, la infinita tristeza / de la amada mal vestida!*

Habría que quitarse el chambergo. Carrere, todo hay que decirlo, fue muy popular en su tiempo (como dato curioso se conserva en la literatura antioqueña

*

Crónicas

una entrevista que le hizo el novelista Romualdo Gallego). Tras varios resbalones, asumió al fin sin protestas su espíritu bohemio. Ya nadie lo recuerda. Si a alguien le interesa –nunca se sabe– el poema que contiene esos versos se llama “La musa del arroyo”. Pero ni en Palinuro se consigue.

*



Bodas con el silencio

Mencionó este cronista hace dos meses, hablando de los “escritores del no”, el nombre del argentino Enrique Banchs. Banchs (1888-1968) publicó cuatro poemarios, el último de los cuales, *La urna* (1911), es para Borges “uno de los mejores libros de la literatura argentina”. La extraña peripecia vital del autor, su opción por el silencio después de publicar esa obra, inspiró al parecer un bello cuento de Manuel Mujica Láinez, “Lucio Sansilvestre”, si bien en este relato la trama toma trágicos caminos que en nada concuerdan con el nunca explicado mutis por el foro de Banchs. *La urna* es un libro de sonetos. Borges lo amó, y se complacía en citar uno de ellos (sin título) del que aseguraba “haber repetido más de una vez en la soledad, bajo las luces de uno u otro hemisferio”. De hecho, es uno de los pocos poemas que menciona completo en una memorable conferencia, “La poesía”, transcrita en su libro *Las siete noches*, y cuya grabación en LP (hoy decimos disco de vinilo) es una auténtica joya discográfica, como puede dar fe quien esto escribe. (Un paréntesis: Estela Canto, en un libro sobre Georgie, nos cuenta que la timidez de este le impedía cruelmente hablar en público, hasta que no sé qué circunstancia, tal vez unas sesiones de psicoanálisis, le aflojaron la lengua, convirtiéndolo en el brillante expositor que fue después).

Volviendo al soneto de Banchs, no me resisto a la tentación de copiarlo: *Hospitalario y fiel en su reflejo/ donde a ser apariencia se acostumbra/ el material vivir, está el espejo/ como un rayo de luna en la penumbra.// Pompa le da en las noches la flotante/ claridad de la lámpara, y tristeza/ la rosa que en el vaso, agonizante, / también en él inclina la cabeza.// Si hace doble el dolor, también repite / las cosas que me son jardín del alma, / y acaso espera que algún día habite, // en la ilusión de su azulada calma / el huésped, que le deje reflejadas / frentes juntas y manos enlazadas.*

*

Crónicas

Tras recitarlo en su conferencia, Borges lo analiza de un modo magistral. Y en ese análisis nos explica que el verdadero protagonista del soneto no es el espejo, como pareciera, sino algo que subyace, una presencia entrañable. ¿Cuál? Invito a mis cuatro lectores a que lo descubran.

*



La historia interminable

Hay una novela de Manuel Mujica Láinez llamada *Cecil*. Cecil, que es el narrador, es el perro de Mujica. Y nos cuenta la angustia de su amo ante la consabida página en blanco. A lo largo de 200 páginas, el gran escritor argentino intenta sin éxito vencer la sequedad creativa que lo domina. El final, no obstante, es feliz, y Cecil nos describe en el último párrafo el momento en que su dueño, de nuevo febriles los ojos, firme el pulso, empieza a escribir su nueva novela. Que, por cierto, se llama *Cecil*.

Pero los narradores de historias se complacen más en contar lo contrario. En *El buen salvaje*, libro injustamente olvidado de Eduardo Caballero Calderón, el protagonista (un estudiante colombiano anclado en París y en la miseria) ensaya tercamente el comienzo de sucesivas novelas, siempre abortadas. Más o menos sucede igual con Bernardo Davanzati, misterioso personaje de *Basura*, obra de Héctor Abad Faciolince. El libro *El secreto de Joe Gould*, del gran periodista norteamericano Joseph Mitchell, relata, dentro de esa misma óptica, un episodio real casi alucinante. Un bello cuento de Isaac Babel, “La inspiración”, plantea con melancolía rusa una variante del tema, y una variante más aparece en *Para otros es el cielo*, segundo libro de ficción de Piedad Bonnett. Y así, hasta el cansancio. En el cine, *Ópera prima*, película de Fernando Trueba, nos presenta la imagen de un joven periodista que no puede superar nunca la primera frase de una proyectada y elusiva novela. Tal vez Trueba se inspiró para su héroe en el inefable Snoopy, el más célebre perro de las tiras cómicas, que escribe una y mil veces, en la máquina de escribir que corona el techo de su casa, el comienzo de su anhelada obra: “Era una noche oscura y silenciosa”.

*

Crónicas

Pienso que un curioso y apasionante libro podría hacerse enumerando una porción de esos fracasos, tanto los venidos de la ficción como los tristemente reales. Pues casi todos los que ponemos palabras en un papel (no importa si peinamos ya canas) soñamos con escribir una novela. Misión, por supuesto. Imposible. Todos, felizmente para el lector, padecemos el síndrome de Snoopy.

*



Solapas

No sé cuándo comenzó la costumbre editorial de incluir en las solapas o contratapas de los libros un comentario sobre su contenido. En tiempos antiguos no existía, y no deja de ser una pena; sería fascinarte, por ejemplo, saber lo que hubiera escrito en 1605 el editor de *El Quijote* sobre tan bizarro personaje. Sea como sea, hoy en día las notas de solapa o contratapa hacen parte indisoluble de los libros que leemos. Tanto, que casi han llegado a convertirse en un género (o subgénero) literario. Se dice que Juan Rulfo escribió muchas, durante años, para el FCE de México. Anónimos, como suelen ser esos textos, alguien sin embargo debería rastrearlos, para constatar si en alguna mínima parte surge en ellas la voz y el tono del autor de *Pedro Páramo*.

Se trata, claro, de un género espurio. Disfrazado de opinión crítica, es siempre y por fuerza laudatorio. Equivale a la publicidad de una película, o al eslogan de cualquier producto comercial. Busca vender, aunque no se comprende bien que alguien compre un libro por lo que le dice la solapa, o que tal texto sirva para algo si el libro ya ha sido comprado.

Tercamente, sin embargo, esas reseñas insisten en decirnos que tenemos en nuestras manos una obra maestra. Resulta inútil leerlas, pero es divertido hacerlo después de leer la obra correspondiente. Muchas veces nos queda luego la casi certeza de que el escriba encargado de ese deber ni siquiera leyó el libro que comenta. En ocasiones, sin embargo, llegamos a sospechar que tal reseña fue escrita por el propio autor; lo cual da paso a patéticas vanidades, pero también, a ratos, a agradables sorpresas. Como esta frase sobre la novela *Sabor a mí* (una de las más frescas, bien escritas e ignoradas de la actual novelística colombiana),

*

Crónicas

que atribuyo (y no creo equivocarme) a su autora Silvia Galvis: “[...] novela de risa y nostalgia de los años cincuenta, cuyo contenido son 24 capítulos de disparates tejidos con las lenguas más filosas”.

No es en cambio de Raúl Gómez Jattin (doy fe) la nota de contratapa que aparece en la recopilación de sus poemas editada por Norma en su ya extinta Colección Poesía, y que cito en versión íntegra: “Sucede raramente, pero cuando aparece un poeta como Raúl Gómez Jattin ocurre que atrás una puerta se cierra y otras muchas adelante se abren”.

Pero dos solapas no hacen verano.

*



Listas secretas

Son cíclicas las listas de las 10, o 20 o 100 mejores películas de la historia del cine, elaboradas por críticos de reconocida prestancia (también se hacen listas similares sobre libros, que, prudentemente, suelen circunscribirse a 50 o 100 años). Una curiosa y reciente variante, dígame de paso, fue la encuesta sobre los villanos más villanos de la pantalla. Creo recordar que ganó la bruja de *El mago de Oz*. Adhiero, aunque no habría estado mal, por ejemplo, un “premio a toda una vida”, que bien hubiera podido otorgarse a Jack Palance, o al siniestro Donald Pleasence.

Volviendo a las listas de las grandes películas, van variando con el paso de los años, dando entrada a nuevos títulos que, en consecuencia, desplazan a algunos de los antiguos. Pero siguen inalterables *Citizen Kene*, *El acorazado Potemkin*, algún Hitchcock, algún Renoir, algún Kurosawa. Todo esto está bien, sirve de alguna manera para afinar o reubicar conceptos y valoraciones. Pero uno se pregunta qué pasaría si a esos críticos, invitándolos a llevarse la mano al corazón, se les preguntara, no por las mejores películas, sino por aquellas más cercanas a sus afectos, ésas que de un modo u otro los marcaron, más allá de su, digamos, calidad pública o histórica. No se ha hecho nunca esa encuesta, que se sepa, porque en ella el crítico de turno tendría que despojarse de su máscara profesional, y confesar, a despecho de su imagen, que no siempre coinciden en su intimidad la calidad objetiva de sus filmes favoritos con lo que a ellos, por una u otra razón, les aportaron. Si logran ser (y serse) sinceros, se colarían tal vez en esa nómina selecta algún western de clase B, o un musical de Esther Williams, o, por qué no, algún innombrable melodrama mexicano. Pero, repito,

*

Crónicas

tal encuesta es virtualmente imposible, por obvias razones de vanidad, aunque sería sin duda un saludable ejercicio de introspección. Lo mejor de las salas de cine, por cierto, es que su oscuridad nos permite llorar sin que nos vean.

Coda

No sé si venga a cuento, pero, por asociación de ideas, menciono a un amigo mío, gran conocedor del arte, cuya sala está presidida por una gran ampliación de una viñeta de cómic. Yo lo imitaría, si los muros de mi casa lo permitieran. Como no es así, estoy a salvo de maledicencias.

*



Laudos

“Nada muere. En fragmentos de luz beso la vida” (escrito en una lápida del Cementerio Libre de Circasia, sobre la tumba de una dama muerta en 1932).

Los epitafios son un género literario. O casi. Seguros de eso, los han cultivado los escritores. Resulta obvio mencionar a Edgar Lee Masters, con su *Antología de Spoon River*. En Colombia, Ciro Mendía escribió unos estupendos *Epitafios futuros*, todos sonetos, todos en clave de humor, en los cuales se incluyó él mismo. Ramón Gómez de La Serna recorrió libros, crónicas y cementerios para anotar epitafios que luego consignó en su libro *Los muertos y las muertas*. Un auténtico Jardín de las Hespérides. Pues los epitafios, género literario, o casi, tienen varios matices: los que eligió el mismo protagonista, los que escribieron sus deudos, los que reproducen textos más o menos apropiados a las circunstancias. Pero todos ellos aspiran a una síntesis definitiva, a algo tan pétreo o marmóreo como la losa que los alberga. Ingenuos, cursis, sabios, insólitos, todos son conmovedores. Quizás ignoran que lo más grave de su contenido son las fechas de nacimiento y muerte que los presiden.

Desde una vida truncada sin apenas florecer, hasta una larga vida desgranada en descendencia, esas cifras inapelables encierran múltiples solicitudes, sospechas, compases, preguntas. Y, luego, las palabras. Leyéndolas, nos sentimos inclinados a aceptar que toda vida fue válida y noble, y que no hay mejor medio para contarla que las letras irreversibles del epitafio.

Pero, se repite, hay de todo en esas lápidas. Prefiero en general los del primer subgénero, los que el mismo muerto eligió como resumen último de su trasiego vital. Dos amigos míos tienen ya escrito el suyo. El primero habla de la muerte,

*

Crónicas

el segundo, creo, de la vida, y acaso nos conviene a todos. Dice el primero: “Era más el miedo”. Y el otro: “Ni supe qué pasó”.

Se cierra esta muestra funeraria con un epitafio en un cementerio de Santarem, tomado del ya citado libro de Gómez de La Serna: “Aquí yace Vasco Figueira, muerto contra su voluntad”.

*



Tres cuentecitos de andar por casa

La isla al medio día

El sueño era terrible. El avión perdía altura, los pasajeros lloraban y se abrazaban, el capitán guardaba un total silencio, las azafatas, en un rincón, se unían entre sí como rosas marchitas. T. se preparó a morir, cerró los ojos, esperó el golpe definitivo. De pronto, nada pasó. T. volvió a mirar. Todos los pasajeros, en su sitio. El avión volaba, plácido, sobre un cielo sin nubes. T. respiró, aliviado, y espizó la ventanilla. Allá abajo, esplendente sobre el espejo del mar, radiante, *La Isla a Mediodía*, de Cortázar. Supo en ese momento que soñaba.

Courbet

(Para A. B., joven para siempre)

Soy fotógrafo y, para mi fortuna, ando siempre armado. La encontré a la salida de un teatro de Off Broadway.

—Beatriz —dije—, Veinte años ya sin verte. No has cambiado nada.

Tomamos un vino en la esquina, evoqué emocionado los viejos tiempos. Ella callaba. Vivía cerca, y sola. Subimos a su apartamento. Después, me atreví a pedirle que posara para mí, de pie, desnuda, como aquella noche memorable de Medellín. Sin decir palabra, se quitó la ropa, y ocupó su lugar, frente a la pared del frente.

*

Crónicas

—Sólo falta algo –objeté–. Un cuadro de Courbet, “El origen del mundo”, que había detrás de tu cabeza.

Fue por él a su habitación, y lo puso en su sitio. La foto salió perfecta. Era como haber detenido el tiempo. Finalmente, ella habló:

—No soy Beatriz. Pero nunca me he sentido tan amada.

Caímos sobre la alfombra de la sala, y pasó lo que pasó. Y Courbet fue por segunda vez nuestro celestino.

(Nota para vyeristas: *El origen del mundo* de Gustave Courbet en: *Erótica Universalis*, Ed. Taschen, 1994, p. 533).

El hombre

Cuando despertó, el Hombre todavía estaba allí. El Dinosaurio no pudo reprimir una rugosa lágrima, porque ya sabía lo que le esperaba.

*

*

Elkin Obregón



El inmortal

(Para Uriel Ospina, muerto, y J. R., más vivo que nunca.)

“Nunca más fue visto, ni en la corte, ni en algún otro lugar de la tierra [...] su cuerpo no fue a dar a las márgenes de algún lago, o río o mar, ni fue encontrado colgado de una horca. Simplemente desapareció, como si nunca hubiera existido...”.

Perdido en el bosque, me abrí paso entre juncos y cañabravas. Al fin divisé, en un claro del follaje, una pequeña casucha, de cuyo techo fluía un lánguido hilo de humo. Nada se oía. La puerta estaba entreabierta, y entré. Adentro encontré a un hombre, sentado en un tronco de madera. Su cráneo era completamente ralo, a excepción de cuatro mechones que se le enredaban en las enormes orejas peludas. El rostro estaba lleno de pústulas, y también el cuerpo, esquelético, cubierto por unos andrajos que alguna vez fueron ropas. Sus pies, desnudos, eran un mapa de callos, juanetes e hinchazones.

Con un gesto, el hombre me invitó a seguir. “Hace tanto que no veo a nadie”, dijo. Guardé silencio, aunque algo en él me resultaba vagamente familiar. “Ya casi olvidé cómo me llamo, o me llamaba –calló un rato, y luego prosiguió, con un resto de voz–. Fui un malandrín, un ladrón, escapé de milagro varias veces a la horca. Pero también fui un goliardo, y ocupé más de una vez las bancas de La Sorbona... ¿Mis amigos? Asesinos, rateros, contrabandistas. ¡Y el vino, y las putas!... Un buen día me cansé de todo aquello, salí de la ciudad, recorrí aldeas, descampados, sin jamás ver el mar. Y heme aquí, en esta covacha, a donde llegué sin saber cómo ni cuándo...”

*

*

Crónicas

Después enmudeció. Armado de una escudilla, no sé qué potaje bebía por su boca desdentada. Tras un largo silencio, que adiviné definitivo, musité algunas palabras, y me marché, en busca de alguna senda o camino real que me llevara a la carretera, y con ella a mi destino. El alba revivía los naranjos en flor. De pronto, recordé: *Mais où sont les neiges d'antan?*

*



Miniancheta

Me desperté de repente, sintiendo una presencia en el cuarto. Por la ventana (cerrada) se filtraban los acordes del *Jingle bells*, en versión de Frank Sinatra. Me incorporé a medias, y vi, sentado al borde de mi lecho, la figura de un visitante. Aunque soy ateo confeso, no pude evitar reconocerlo, a pesar de que su aspecto no era el de un niño; lucía casi adolescente, vestía un chaquetón de dril, camisa a rayas, jeans, y calzaba tenis marca Nike. Su aparición me intimidó, temiendo lo peor.

—No temas —me dijo, como si leyera mi pensamiento—. No he venido a llevarte. Yo estoy al margen de esos asuntos.

Tranquilizado respecto a ese punto, cobré ánimos para preguntarle: —y entonces, ¿qué te trae a mi casa, Joven Jesús?

—Solamente quiero que me dediques un libro tuyo —respondió. Y, sacando un tomo del bolsillo de su chaqueta, me lo tendió sin añadir palabra.

Escribí una dedicatoria convencional, y firmé con mis iniciales, F. V.

—Pero —alcancé a musitar—, se trata de un libro muy anticlerical...

El Joven Jesús sonrió. —Esos son mis favoritos —dijo.



Dumbo

Lo llevaron una noche a nuestra finca, cachorrito recién destetado. Lloró toda la noche, no durmió ni dejó dormir. Luego, ya dueño de su nuevo entorno, se fue convirtiendo en un perro tan espléndido como peculiar. Era un mestizo de collie y setter, blanco con manchas pardas. A diferencia de sus congéneres, amaba la pólvora, y en los diciembres era preciso amarrarlo para que no se arrojara sobre los voladores, las papeletas o las ruedas de Chicago. Sabía coger globos e irrumpía en nuestros partidos de fútbol para decidir, dando grandes saltos, la dirección del balón. Por lo demás, sus largas trayectorias y sus hazañas hicieron que fuera conocido y admirado en toda la comarca. Dumbo era nuestro orgullo, y ser sus dueños nos daba a mí y a mis hermanos, o así lo sentíamos, una especie de vaga superioridad.

Pero años después, y en plenas vacaciones, Dumbo desapareció. En vano lo buscamos, en vano lo indagamos, y aunque volvió a comparecer al cabo de unos días, sus ausencias se hicieron cada vez más habituales y más largas. Durante una de ellas, especialmente prolongada, un vecino nos sopló al fin que sospechaba haberlo visto en una finca situada a unos dos kilómetros de la nuestra. Fuimos a buscarlo. A la casa, situada en un alto, se accedía por un camino de rieles, bordeando los naranjos. Al llegar nos topamos cara a cara con Dumbo, quien nos saludó ladrando cortésmente. Después de los agasajos de rigor, el misterio quedó resuelto, pues tras él surgió de pronto la silueta de una perra dálmata, bella como una top model. Ante el imperio del amor, prohijado además por los anfitriones, que habían acogido al novio sin reservas, regresamos marchitos a nuestros predios. Dumbo siguió visitándonos, pero no cabía duda de que ya su corazón estaba en otra parte. Nunca más pudimos sentirlo nuestro.

*

Elkin Obregón

Tiempo después, alguien nos dijo que varias personas creían haber visto esa mañana su cuerpo, flotando en las aguas de La Doctora. En fin, tal vez no era él, el cadáver de un perro se parece al de muchos otros. No quisimos atestar su óbito, lo dejamos eterno, jamás contaminado por la muerte.

(Elkin Obregón S., *Papeles seniles–Memorias enanas*, Colección Letras Vivas de Medellín, Bogotá, Editorial Planeta, 2011, p. 106).

*



La canción del regreso

Sugiere la editora de este librito que contenga al menos una crónica escrita directamente para él. Podría ser ésta (si ella la acepta), inédita por partida doble, porque habla de una película que jamás será. El asunto: Un jubilado se queda viudo. Hijos no tiene, o si los tiene andan lejos de esta historia. Rumiando su soledad, da en pensar en un sueño nunca cumplido que le acompañó desde muy joven: viajar a España, a visitar ciudades de las que poco o nada sabe, apenas entrevistas en libros, películas, postales. Se aferra a ese largo, imposible sueño; sigue siendo imposible, el poco dinero que guarda no le permite tales vuelos. Toma entonces una decisión, y tras consultar su cuenta bancaria, decide hacer su viaje por Colombia, y visitar ciudades o pueblos que ostenten esos nombres ibéricos. Echa tres mudas en un maletín, mete un mapa de carreteras en su bolsillo, cierra con doble llave su apartamento (la cámara espía el lugar antes de que él salga: dos sillones viejos, un tapete raído, unas cuantas láminas en las paredes, un cierto aroma de limpieza, sin duda herencia de la muerta), baja al garaje del edificio, sube a su carro, se va.

Su plan es demorar un par de días en cada poblado, suficientes para él. Inicia la gira por pueblos de Antioquia, Venecia, Toledo, Zaragoza, Granada. Se enrumba luego al Valle (Sevilla), Aranzazu Caldas, Madrid Cundinamarca. La película podría ser una rápida o lenta sucesión de flashes amargos o melancólicos, de muy buen efecto en estos casos –recuérdese al lloroso Tornattore–. Pero no es así, porque no lo quiere así el guionista, y el caso es que este hombre gris y anónimo va regalando, casi a su pesar (en mesas de café, en pensiones, en encuentros fugaces), momentos de sabiduría, de callada comprensión, caminos

para un mejor vivir. De estos retazos se iría nutriendo la cinta, sin otro propósito (tal vez) que el ir entreviendo (tal vez) la imagen de un hombre. Pero ya es hora de volver, se acaba el dinero, el cuerpo pide descanso. De modo que el viajero emprende el regreso a casa. Pasado el último retén, al frente ya las luces de su ciudad, recuerda de pronto, con cierto asombro, que también hay una Medellín en España, llena de historia, cuna del conquistador Hernán Cortés. Así que llega a su apartamento, duerme, y al amanecer emprende su último recorrido, como alguien que cierra un círculo, o quema sus naves.

Ese día quiere ver a Medellín con ojos nuevos; recorre barrios, comunas, entra a iglesias, se sienta en parques, compra revistas, contempla fachadas, ruinas, condominios nuevos, estatuas y bustos de héroes anónimos; invierte en ese recorrido todo el día. Ya anocheciendo cruza un puente, bajo el cual corre un remedo de río que sin duda no es el Guadiana. Desemboca en un callejón, se interna en él, dobla un recodo, y de pronto se topa con el mar.

No sabe si es el Atlántico o el Mediterráneo, pero la playa está desierta y oscura, aunque tal vez haya luna.

En el último plano lo vemos sentado en una piedra, de espaldas, frente a las olas. Empieza a sonar un fado, sin palabras; solamente la melodía, que entona un violao portugués. No pregunte el lector por qué, no tengo idea, pero ésa es la música que suena. No se oyen tiroteos, ni bombas. Ni nadie lo atraca.

P. D.

Se han barajado varios nombres para esta película. Aunque provisional por ahora, me gusta *La canción del regreso*, nombre de un lindo pasillo de Eusebio Ochoa, con letra de Roberto Muñoz Londoño. Sé por qué me gusta, pero ya se verá.



Coeditores Colección Bicentenario de Antioquia

ANTIOQUIA
LA MÁS
EDUCADA



GOBERNACIÓN DE ANTIOQUIA



CORPORACIÓN
UNIVERSITARIA
LASALLISTA

Lleva el conocimiento
por siempre



UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA

1803

Rectoría



UNIVERSIDAD DE MEDELLÍN



UNIVERSIDAD CES

Un Compromiso con la Excelencia



Institución Universitaria



*Este libro se terminó de imprimir en Editorial Artes y letras S.A.S.
para el Fondo Editorial Universidad EAFIT,
en el mes de febrero de 2013*

*La carátula se imprimió en propalcote C1S 250 gramos,
las páginas interiores en propal beige 70 gramos.*

Las fuentes tipográficas empleadas son Adobe Caslon Pro Regular, Italic, Semibold.

